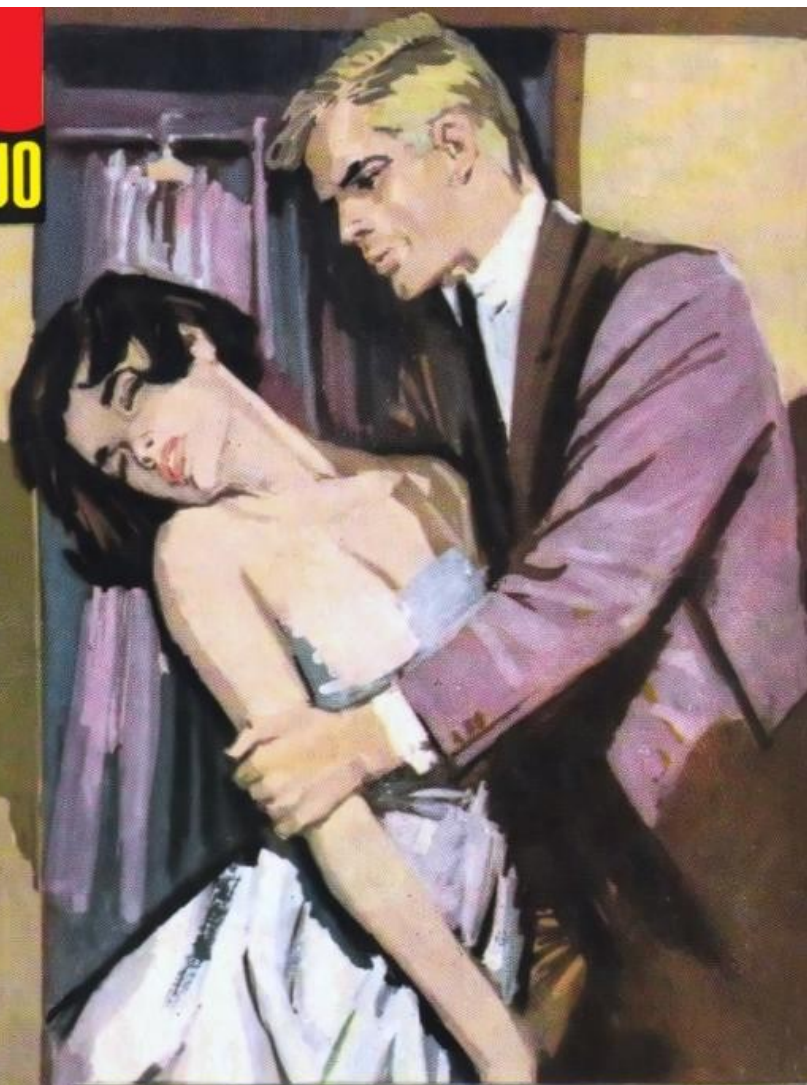


PUNTO

ROJO



VISION DE HORROR

frank lewis



FRANK LEWIS

VISION DE HORROR

Colección PUNTO ROJO n.º 89
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

**NOVELA DEL MISMO AUTOR PUBLICADA
POR ESTA EDITORIAL**

**En Colección SERVICIO SECRETO:
697 — Reportaje de un asesinato.**

DEPOSITO LEGAL B 25767 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN - ENERO 1964

© FRANK LEWIS - 1964

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964**

N. R. 5951/63

VISION de HORROR

por **FRANK LEWIS**



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

George Moyer introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar, la puerta se abrió y apretó el interruptor de la luz.

De nuevo se encontraba en su pequeño y confortable apartamento. Otra vez se hallaba en su querida ciudad: Nueva Orleans.

Dos meses había permanecido de viaje, eligiendo para sus vacaciones el Estado de Arizona. Se instaló en un pequeño rancho, propiedad de su mejor amigo. Peter no vaciló en entregarle la llave, pues este estaba abandonado casi todo el año. Tan solo un matrimonio se cuidaba de atenderlo una vez al mes, evitando quedase destruido por la suciedad y el abandono.

Peter Strond lo heredó de un tío y apenas se cuidaba de él. Le gustaba demasiado la vida cómoda de la ciudad, para permanecer muchos días en un lugar tan solitario. Tan solo estuvo en una ocasión con George, pesándole los días transcurridos como una losa de plomo, mientras su

inventa gozaba recorriendo aquellos parajes agrestes.

Dejó todas sus ocupaciones, pues deseaba olvidar su fracaso sentimental. Ahora creía haberlo conseguido definitivamente. En realidad, quizá no estuvo nunca enamorado de Carolina Havillard. Tan solo sintióse atraído por su extraordinaria belleza.

Esto debió ser. Carolina era dueña de una cuantiosa fortuna, una de las más importantes de Nueva Orleans. Desde niña hizo cuanto se le antojó, pues se quedó huérfana. Al llegar a su mayoría de edad, sus caprichos aumentaron considerablemente, viéndose libre de su tutor.

Él carecía de fortuna, pero con sus propios medios consiguió hacerse un nombre al terminar sus estudios de abogado. En la actualidad poseía una excelente clientela, obteniendo saneados beneficios.

El idilio fue breve y apasionado. Carolina tenía fama de ser voluble y despreocupada. Durante tres meses George concibió la esperanza de hacerla cambiar, convirtiéndola en una mujercita de su hogar. Demostró estar enamorada de él y ambos empezaron a hacer planes para su próximo matrimonio.

Todo fracasó rotundamente. Carolina Havillard volvió a alternar en establecimientos de mala nota, bebiendo en demasía. George primero suplicó y después exigió variase de conducta. Fue inútil, la joven continuó su desordenada vida.

La firmeza de George se impuso, dando por terminadas sus relaciones. Ella aceptó su decisión con indiferencia, limitándose a encogerse de hombros. El joven la miró sorprendido, no explicándose cómo pudo querer a una mujer semejante. Entonces se le antojó inconcebible.

Tres días después, Carolina Havillard reaccionó, comprendiendo estar profundamente enamorada de George. Le solicitó una entrevista, asistiendo el joven. Se condujo vehemente y apasionada, jurando cambiaría de conducta, siendo una esposa ejemplar una vez estuviesen casados.

George movió la cabeza negativamente. Ya no la amaba, no estando dispuesto a casarse con aquella mujer rica, voluble y caprichosa. Carolina lloró y suplicó, pero él se mantuvo inflexible.

Decidió alejarse durante una temporada de la ciudad. Peter accedió a su petición, entregándole la llave y haciéndole unas líneas, dejándole ocupar su propiedad. Con ello evitaba cualquier incidente. La estancia en aquel rancho de Arizona fue un buen sedante para sus nervios.

Al día siguiente reanudaría sus actividades, ocupándose de sus asuntos. Estos quedaron en buenas manos, pues Bob Fullmer demostró ser un ayudante incomparable, asimilando sus lecciones.

Deshizo el equipaje y se duchó, tendiéndose un par de horas a descansar. Cuando se levantó, estiró los brazos voluptuosamente, sintiéndose satisfecho de vivir. Era joven y fuerte, no habiendo cumplido los veintinueve años. Su nombre empezaba a ser conocido, destacándose

en su profesión. No podía pedir nada más para ser feliz.

Quizá una linda mujercita. Sí, ya empezaba a tener edad para casarse. Esto solo lo haría cuando estuviese completamente enamorado, no por sentirse atraído por una ardiente pasión. Esto fue lo sentido hacia Carolina Havillard.

Salió a la calle y comió en un restaurante con Bob, a quién citó. El muchacho se mostró muy contento al verle. Al despedirse le dijo:

—Mañana ya estaré en la oficina y resolveremos los casos más urgentes.

—Es necesario, George. Hay varios que no me he atrevidos a tocarlos y casi diariamente me están importunando los clientes.

—Debiste solucionarlos, confío en ti.

—No me he visto capacitado para resolverlos satisfactoriamente.

—Debes tener confianza en ti mismo.

—La tengo, me has enseñado a hacerlo. Pero se trata de asuntos de difícil solución. Nuestra agencia no cuenta con ningún fracaso y no quisiera tener el primero.

—Eso lo dejas para mí, ¿verdad?

—Tú no puedes fracasar, eres demasiado hábil —respondió el muchacho con incontenible admiración.

—No te aumentaré la paga porque me des coba, Bob.

—Tengo suficiente con la actual y el tanto por ciento sobre los beneficios. Nadie en mi profesión está tan bien pagado.

—Vamos, Bob. Vas a conseguir hacerme sonrojar.

Y se echó a reír. Bob le imitó alegremente. Eran dos camaradas, en lugar de ser jefe y empleado. En la agencia había dos empleados más, una joven y un muchacho; ambos trabajaban con ardor, formando un excelente equipo.

Se despidió de Bob, pero le asió del brazo, cuando el muchacho ya se alejaba.

—¿Cómo se ha portado Peter durante mi ausencia?

—Como siempre: Le he visto muy poco.

—Ese tunante nunca sentará la cabeza. Es una lástima, tiene buenas cualidades. Se limita a gastar alegremente la herencia recibida de sus familiares.

—Así es, George.

—Voy a verle. Probablemente se alegrará de ello.

Hizo un gesto de despedida y se encaminó hacia su coche. No tardó en detenerse ante la lujosa residencia de su amigo. Un criado le abrió la puerta.

—Me alegro de volverle a ver, señor Moyer. El señor está acostado, ¿le aviso?

—No, me cuidaré yo de despertarle.

El criado se encogió de hombros sonriendo. Peter Strond no se enfadaría

por ver interrumpida bruscamente su siesta, al contrario, se alegraría de volver a ver a su amigo.

George subió ágilmente la escalera, hasta llegar a la planta superior. A Peter siempre le gustó vivir suntuosamente. Se detuvo ante una puerta e hizo girar lentamente el pomo. La estancia estaba sumida en una agradable penumbra, distinguiendo el cuerpo de su amigo en el lecho.

Se acercó sin producir ruido y lo sacudió con rudeza.

—¿Es esta la forma de recibir a un amigo?

—¿Qué ocurre? ¿Se está quemando algo?

Y Peter se sentó en el lecho, restregándose los ojos.

El joven le contemplaba sonriendo.

—¡Ah, eres tú! Satanás te acoja en su reino, lo tienes merecido por tu mala acción. Estaba descansando apaciblemente...

—Siempre serás un perezoso, Peter.

—¿Cómo te ha ido la estancia en aquel lejano rancho?

—Admirablemente. Estoy como nuevo, mi sistema nervioso funciona a la perfección.

—Dichoso de ti, el mío cada vez se encuentra peor.

—Eso se lo cuentas a otro, a mí no, te conozco demasiado.

Peter se levantó y los dos amigos cambiaron un afectuoso abrazo. Peter Strond era casi tan alto como George, pero más delgado, sin poseer su formidable musculatura, producto de los deportes practicados, la mayor parte de ellos con gran éxito.

—Esta noche cenaremos juntos, George.

—De acuerdo. Continúa descansando.

—¿Has olvidado por completo a Carolina?

—Sí, eso ya ocurrió antes de marcharme.

—Se encuentra en la ciudad.

—No me interesa.

—¿De veras?

—¿Qué tratas de insinuar?

—Puedes sentirte atraído por ella si la vuelves a ver.

—No, Peter. Me conoces muy bien, jamás acostumbro a blasonar de algo que no poseo. Me quedará indiferente si vuelvo a verla.

—Admiro tu temple, muchacho. A mí me falta esa fuerza de voluntad. Soy un ser débil.

—Siempre has estado mimado por la fortuna, eso te ha inducido a ser indolente.

—Ya no podré cambiar —empujó con suavidad a su amigo hacia la puerta—. Hasta luego, George.

—Adiós.

George se dejó caer en el asiento y sus manos se posaron en el volante. Sus ojos estaban fijos en un punto indeterminado. No pensaba en nada,

satisfecho con sentirse pletórico de vida.

Deambuló por las calles a escasa velocidad, contemplando aquellos edificios tan conocidos. Se detuvo ante una cafetería, haciéndose servir un café. Una atractiva pelirroja se le mostró insinuante, pero se limitó a sonreír, tras admirar sus bien torneadas piernas, mostradas con gran generosidad.

Decidió ir a un cinema, hacía tiempo que no veía una película, y sintió un vehemente deseo de asistir a una emocionante proyección.

No tardó en encontrarse instalado en una confortable butaca, distraído con las audaces aventuras de un colonizador del Oeste. El día anterior se encontraba en Arizona, contemplando parajes similares a aquellos... Esto le indujo a seguir las incidencias con avidez.

Salió complacido del cinema. Un crítico muy exigente habría calificado la película de pueril, pero no era este su parecer. Un espectador debe situarse en la acción, sin profundizar excesivamente en algunos fallos técnicos, mientras estos no sean desastrosos. Solo de esta forma se pueden saborear muchas cosas de la vida.

Dejó pasar el tiempo hasta llegar el momento de buscar a Peter. Su amigo se encontraba correctamente vestido, acogiéndole con una radiante sonrisa.

—Tienes un aspecto magnífico, muchacho. En realidad siempre lo has tenido.

—El tuyo no está mal, Peter. Siempre tan elegante.

—Se trata de mi faceta más destacada.

—Vamos a cenar, te contaré algunas cosas del rancho.

—No, George. Eso lo dejas para otra ocasión. Esta noche nos dedicaremos a divertirnos. Conozco a dos chicas imponentes.

—No, chico. Me iré a dormir temprano.

Peter hizo un cómico gesto de resignación.

—Como quieras.

Cenaron alegremente. De mutuo acuerdo no nombraron a Carolina. Al terminar propuso Peter.

—Vamos a beber un trago de *whisky*, a eso no te negarás.

—Acepto.

Entraron en un club nocturno. George se negó a ocupar una mesa.

—En la barra ya estamos bien, cuando me vaya puedes hacer cuanto se te antoje.

—Siempre consigues hacer tu voluntad.

—No es eso, Peter. Ahora estoy habituado al aire libre y esta atmósfera me pesa.

—A mí me asfixia la pureza del oxígeno —respondió Peter, riendo.

—Una estancia en tu rancho te sentaría muy bien, créeme.

—No insistas, no lograrás convencerme.

—Lo sabía de antemano.

Ambos rieron. George golpeó con afecto el brazo de su amigo.

Un hombre se les acercó. Tendría unos treinta y dos años, mediana estatura, corpulento, vestía con afectada distinción.

—Me alegro de verle, Moyer. ¿Dónde estaba metido?

—En Arizona.

—No bromea. ¿Qué se le puede haber perdido por aquellos parajes?

—Absolutamente nada, Thacker. Tan solo he ido a buscar tranquilidad.

—Algo parecido a un reposo de salud.

—Sí.

—Se ha perdido un tiempo precioso. Carolina Havillard le ha echado en falta. Está muy bella.

—Aquello terminó, Thacker. Ya pertenece al pasado.

—Me alegra oírsele decir, así no tendré reparo en conquistarla.

—Puede hacer cuanto se le antoje.

Larry Thacker sonrió ampliamente, mostrando una dentadura fuerte y desigual. Agitó una mano y se alejó.

—Es un indeseable —comentó Peter—. He oído decir que se dedica a negocios no muy honorables.

—Eso no es ningún secreto en Nueva Orleans. La policía está deseando echarle el guante. No se escapará con menos de diez años.

—¿Tú conoces a esa gente?

—Sí, parte de ellos aparecen en algunos asuntos de mi profesión.

—Ya estaba enterado, pretende casarse con Carolina.

—La compadecería, aunque siempre le quedará el recurso del divorcio. Eso le costará una suma considerable; probablemente es lo que busca Thacker.

—Carolina no habita en su viejo palacio, al parecer lo ha cerrado definitivamente. Hasta podría ser probable que lo vendiese.

—Cometerá otro error. Ese palacio es magnífico y se halla muy bien situado. Lo prefiero a un moderno apartamento.

—Yo no, tenemos puntos de vista diferentes.

—Por eso en la mayoría de las cosas estamos de acuerdo.

Se echaron a reír. George terminó de beber el *whisky* y apretó el brazo de Peter.

—Me marchó, ya volveremos a vernos.

—Pero más animoso, ¿eh?

—Lo procuraré.

—Sí, hombre. Debemos divertirnos como antaño... Aún somos jóvenes, solo se vive una vez.

—Nunca cambiarás.

—¿Para qué? Me convertiría en un ser insociable.

George salió del club con la intención de dirigirse directamente a su

alojamiento y acostarse. En realidad no se encontraba cansado, pero deseaba encontrarse en plenitud de facultades al día siguiente, cuando empezara a trabajar.

Pero algo más fuerte que su voluntad le indujo a cambiar el rumbo, dirigiéndose a la parte alta de la ciudad. Recordó la breve conversación sostenida con Larry Thacker, aquel aborrecido sujeto.

Se proponía casarse con Carolina. Esto, en realidad, no le importaba, pues estaba convencido de no amarla. A pesar de esto, apreciaba a la joven y no le gustaba la idea de verla en poder de aquel indeseable individuo.

Peter afirmó que ya no habitaba en el viejo palacio. Esto le hizo desear verlo otra vez, pues guardaba buenos recuerdos de él. No tardó en detenerse cerca de la gran verja del edificio. Antiguamente pudo estar solitario aquel atractivo lugar, pero ahora se hallaba rodeado de magníficas edificaciones.

Saltó ágilmente al suelo encendió un cigarrillo. Anduvo con lentitud, admirando el palacio. La noche era clara y el resplandor de la luna hacía destacar su silueta netamente.

CAPÍTULO II

De pronto parpadeó sorprendido. Acababa de ver iluminada la ventana perteneciente a la habitación de Carolina. Esto difería, por completo, de lo dicho por Peter y el aspecto del viejo palacio, pues parecía mostrar las características propias de encontrarse deshabitado.

Se estremeció. Acababa de ver en la ventana la silueta de Carolina Havillard. La joven vestía de blanco, un vestido muy escotado. Sus rubios cabellos caían sobre sus hombros. Daba la impresión de ser una aparición irreal.

De pronto desapareció de la ventana.

George permaneció indeciso. Al fin se movió, avanzando con firmeza hacia la verja. Encontraba la situación muy extraña y deseaba conocer la verdad. Para ello no le importaba volver a hablar con Carolina.

Nada existía entre ellos, pudiendo continuar siendo puramente amigos.

Se detuvo junto a la verja y la empujó con suavidad. Esta cedió a la presión de su mano. Avanzó por el jardín, hasta detenerse junto a la puerta principal del edificio.

No pudo evitar ser sacudido por un estremecimiento, como si le estuviese acechando un terrible peligro. Por un instante George miró a su alrededor, no observando el más ligero movimiento. Estaba solo, completamente solo en aquel jardín, y al parecer el palacio estaba deshabitado.

No era posible, acababa de ver a Carolina. Se encontraba en su habitación. La vio perfectamente, creyendo distinguir, a través de la distancia, una lúgubre expresión en su rostro.

Esto le indujo a querer entrar en la casa. Y lo haría, no se detendría por un absurdo presentimiento.

Fue a oprimir el timbre, pero se detuvo. Apoyó la mano en la puerta y esta cedió, como poco antes hizo la verja. El vestíbulo se encontraba a oscuras. Apenas podía distinguir nada, pues la claridad entrada por los ventanales era demasiado tenue.

No se detuvo y entró en el vestíbulo. Se dirigiría directamente hacia la habitación de Carolina, deseando salir de dudas de una vez. Cuando acabase de hablar con la joven, se marcharía. No sabía qué le diría, justificando su inesperada presencia en la casa.

De una cosa estaba convencido: en forma alguna reanudaría su idilio con ella. Le hablaría como un amigo, procurando hacerla desistir de su alocada existencia.

Fue andando y de pronto tropezó con un objeto, produciendo un fuerte ruido. Resonó en la casa como un trueno. Quedó inmóvil, esperando la presencia de un criado. Entonces se justificaría, pidiendo ser recibido por Carolina. Probablemente el sirviente le miraría como si estuviese loco, pero la culpa no sería de él exclusivamente.

¿A quién se le ocurría dejar las puertas de la verja y de la casa abiertas, dando facilidades a los ladrones para llevarse cuanto se les antojase?

No apareció nadie. De nuevo le envolvía un silencio absoluto.

George encontraba cada vez más absurda la situación. Al tropezar produjo bastante ruido, más del preciso para ser oído por los habitantes del palacio. La propia Carolina debía haberse sobresaltado, queriendo conocer el motivo de aquel inesperado estruendo.

Ahora avanzó decidido, deseando acabar cuanto antes aquella situación. Conocía muy bien la casa para tener temor alguno a extraviarse. Subió por la amplia escalinata de mármol, hasta detenerse en el piso superior.

Todo continuaba igual. Un silencio absoluto les rodeaba, aquellas viejas paredes daban la impresión de encontrarse deshabitadas. Se internó por el pasillo, hasta detenerse ante la habitación de Carolina. Su mano oprimió el pomo, vacilando entre hacerlo girar o llamar a la puerta.

Se decidió por lo primero. Ya se justificaría ante su exprometida, explicándole la sensación producida por su presencia tras la ventana y encontrar la casa vacía.

La puerta se abrió con lentitud. La estancia estaba a oscuras, aunque poco antes la vio inundada de luz.

Los rayos de la luna daban una ligera claridad en la habitación. El lecho estaba vacío.

Sin la menor vacilación oprimió el interruptor.

No se equivocó, la habitación estaba vacía. El lecho estaba cuidadosamente preparado, sin la menor huella de cuerpo alguno. Se acercó a la ventana y miró al exterior. Ahora se encontraba en el mismo lugar donde poco antes estuvo Carolina. Pero la joven no había aparecido ante su vista.

¿Había sido objeto de una alucinación? Movió la cabeza con firmeza. No, él vio a Carolina. La visión fue nítida, no pudiendo tener ninguna duda de ello.

—Carolina.

La llamó de repente en voz alta. No estaba asustado, pero no le gustaba continuar en aquella absurda situación.

No obtuvo contestación. Miró con estupor a su alrededor, ya que jamás pudo sospechar encontrarse en una situación semejante. Le daba la impresión de ser el protagonista de una novela o película policíaca.

Sí, el marco resultaba el más apropiado. Un viejo palacio solitario, donde poco antes divisó a una persona viva. Y esta había desaparecido.

No pudo menos de sonreír ante aquel pensamiento. Pero se vio obligado a reconocer no haber sido exagerado. De un momento a otro podía surgir un vampiro ante él, presto a clavar sus afilados colmillos en su cuello y extraerle la sangre con avidez.

—Carolina, Carolina.

Su voz sonó más fuerte, recorriendo la amplia estancia. Examinaba con atención cuanto le rodeaba, por si veía algún objeto revelador, o la más ligera señal de haber estado un ser humano en la habitación. Todo inútil.

Salió al pasillo y llamó, de nuevo, a la joven. Su voz resonó en la casa, sin responderle el menor sonido. Con un rápido movimiento apagó la luz y se encaminó hacia la escalinata.

Llegó, sin encontrar el menor obstáculo, a la puerta. Esta continuaba abierta, tal como la dejó. Permaneció inmóvil durante varios segundos, tratando de observar algo anormal. Todo seguía igual.

—He visto a Carolina —musitó con angustia.

Cerró la puerta y cruzó el jardín. La verja continuaba como la dejó. La cruzó y tiró de ella hacia sí.

—Es muy extraño. He sido víctima de una alucinación.

No regresó a su coche, sino al lugar desde donde podía ver la ventana de la habitación de la joven. Ahora no había luz en ella. Sus labios estaban contraídos con fuerza.

—No es posible. Esa ventana estaba iluminada, junto a ella se encontraba Carolina. Todo esto es fantástico, debe existir una explicación y la encontraré.

No encontró a nadie en el recorrido hasta llegar a su coche. Por aquellos lugares debía haber un vigilante, pero el hombre debería estar rondando o descansando en su puesto. Le hubiese gustado verle, hacerle algunas preguntas.

Encendió otro cigarrillo, pues el anterior lo arrojó antes de entrar en la casa. A pesar de su agitación, su pulso era firme al conducir.

Cuando se encontró en su apartamento se sirvió una generosa ración de *whisky*, bebiendo con avidez. No podía estar equivocado, había visto a Carolina, no había sido una alucinación. Sus nervios estaban bien templados para ser víctima de una cosa semejante.

Se acostó una vez hubo terminado con el licor. No tardó en dormirse, aunque su sueño no fue tranquilo, ni mucho menos. Dio numerosas vueltas, no encontrando una posición cómoda. Le asaltaron numerosas pesadillas y en todas ellas aparecía Carolina Havillard vistiendo aquel vestido blanco, de amplio escote.

Se levantó con mal sabor de boca. Se duchó y vistió con rapidez. Salió a desayunar y se encaminó a su despacho. Bob y los dos empleados le recibieron con alborozo, celebrando su regreso. Se encerró en su despacho con Bob y examinó lo realizado, mereciendo su aprobación. El muchacho

demostró ser digno de su confianza.

—¿Has tenido alguna vez una alucinación, Bob? —preguntó de improviso.

Este le miró sorprendido.

—¿Qué es eso, jefe?

—Debes de conocer de sobras lo que es una alucinación.

—Sí, pero no le he entendido bien.

—Si alguna vez has visto algo que no existe.

—Nunca, George. ¡Valiente ocurrencia! Solo se ve lo que existe.

—Es cierto. Gracias, Bob.

El muchacho estaba cada vez más sorprendido, no por las palabras del joven abogado, sino por su tono.

—¿Has tenido alguna alucinación, George?

—No lo sé. Quisiera estar convencido de ello.

—Explícamelo.

—No, no; es tan absurdo que te echarías a reír.

—No me reiré. Te lo prometo.

—Voy a marcharme. Hasta mañana no empezaré a trabajar.

—Pero, jefe, todo esto está pendiente. Debemos solucionarlo cuanto antes.

—Un día más o menos no se notará. ¿No crees?

—Como quieras. Ahora habré tenido una alucinación: te he visto en tu despacho y no te he visto.

George soltó una carcajada.

—Excelente definición, muchacho. No podías haber encontrado otra mejor. ¡Hasta mañana!

—Hasta mañana, jefe —respondió Bob dejando escapar un suspiro.

No tardó en encontrarse frente a Peter. Este se disponía a desayunar y se alegró al verle.

—¿Me quieres acompañar? —invitó.

—Gracias, ya lo he hecho. Te acepto una taza de café.

—Es muy extraño. Te creía en tu oficina, despachando con gran diligencia los asuntos pendientes más importantes, con la ayuda de Bob. Ese muchacho vale mucho.

—Hoy no trabajaré.

Peter le observó con atención.

—A ti te ha ocurrido algo, tu aspecto no es normal. Cualquiera diría que esta noche no has descansado.

—Algo hay de eso. No me acosté tarde, pero he sido víctima de numerosas pesadillas.

—¿Tú, pesadillas? Parece increíble, tus nervios son de acero.

—Yo también estaba convencido de ello... y ya lo ves.

—Es muy curioso.

—¿Has tenido alguna vez una alucinación? —acababa de hacer la misma pregunta que a Bob poco antes.

—No.

—Anoche tuve una.

—No es posible. Eso solo les ocurre a las personas débiles.

—Quizá yo lo sea.

—No digas tonterías. Si a alguien he admirado por la entereza de su carácter, ese eres tú.

—Voy a explicarte lo ocurrido anoche. No te rías, aunque lo encuentres absurdo.

—No me reiré, puedes tener la seguridad de ello.

—Cuando te dejé, me encaminé hacia el palacio de Carolina. Me impulsó a ello una fuerza desconocida. Bajé del coche, el edificio estaba completamente a oscuras, dando la sensación de estar deshabitado.

—Así es. Ya te lo dije, ella no vive en él.

—Tuve esa seguridad y eché a andar despreocupadamente. Cuando me encontré en el lugar donde está situada su ventana, me detuve sorprendido. Esta estaba iluminada y Carolina se encontraba tras los cristales. Llevaba un vestido blanco, tenía una extraña expresión, pudiéndolo advertir a pesar de la distancia.

—No es posible. Ella no vive en el palacio.

—Me dirigí hacia la verja y la encontré abierta. Seguí adelante y la puerta principal también cedió a la presión de mi mano. No había nadie en la casa, tuve la seguridad de ello en cuanto entré, pero, poco antes, había visto a Carolina en su habitación. Llegué a dicho cuarto, estaba a oscuras y desierto. Ni el menor rastro de Carolina.

—Todo eso es muy extraño, George.

—¿Puedo haber sido víctima de una alucinación?

Peter permaneció silencioso, observando con atención el rostro varonil y enérgico de su amigo.

—Me has dejado sorprendido. Me es imposible darte una respuesta acertada.

—Me ocurre lo mismo. En vano he tratado de hallar una explicación. De una cosa estoy convencido: he visto a Carolina.

—No puede ser. Entraste en la casa y estaba vacía.

—Ahí está el enigma. Debo descubrirlo, se trata de mi deber.

—Nada te une ya a ella. Demostró no ser digna de tu amor.

—Puede correr un grave peligro. No, ya no la quiero. No me impulsa a prestarle ayuda el interés de volver a conquistarla. Solo deseo prestar auxilio a un ser sumido en una horrible situación.

—¿Cómo puedes sacar semejante consecuencia?

—Me lo advierte mi instinto.

—No lo creo. Cuanto me has contado es muy extraño, pero debe tener

una explicación lógica.

—Hasta no haberla encontrado no podré estar tranquilo.

Los dedos de Peter tamborilearon sobre la mesa. Después levantó la cabeza, en sus ojos se reflejaba una decisión.

—Esta noche te acompañaré al palacio de Carolina. Comprobaremos la verosimilitud de tu relato.

—Te agradezco tu ayuda, Peter. Esto debo resolverlo solo.

—No seas obstinado.

—Dime el actual domicilio de Carolina.

Peter extrajo una agenda de su bolsillo y la consultó, después le dio la dirección de la joven millonaria. Vivía en un lujoso piso del barrio más elegante de Nueva Orleans.

—Te acompañaré esta noche —insistió.

—Vamos, Peter —bromeó el joven—. No quiero estropear tus planes.

—Por ayudarte no me importa pasar una noche merodeando ese viejo palacio.

—No sirves para esas cosas. Te agradezco tu buena disposición.

—Te seré de utilidad.

La mirada de George se posó en el rostro alargado de Peter y sonrió regocijado.

—No puede entrarme en la cabeza la idea de verte convertido en un detective aficionado.

—¡Eres muy testarudo! Te conozco y sé que nada te hará cambiar de decisión.

—Así es, Peter.

Fumaron, charlando de otras cosas, pero en ambos no se apartaba la figura de Carolina Havillard.

George se despidió. Peter le miró con gran serenidad y dijo:

—Ten cuidado. Mañana me explicarás lo que hayas descubierto.

—No faltaba más. Eres la persona en quien más confío; igual que en Bob.

Sin perder más tiempo se encaminó hacia el nuevo domicilio de Carolina. Cuando estuviese delante de ella le hablaría con naturalidad, achacando su presencia al deseo de saludarla, pues continuaría su antigua amistad. Lograría hábilmente enterarse del lugar dónde pasó la noche anterior.

Pulsó el timbre y no tardó en tener delante a una pizpireta doncella. No la conocía, debiendo ser nueva al servicio de Carolina. La criada le miró con los ojos entornados, mientras se pasaba una mano por su cadera, en forma provocativa.

—¿Qué desea, señor?

—Ver a la señorita Havillard.

—No será posible. La señorita lleva dos días fuera.

—¿Dónde se encuentra?

—No lo ha dicho. A veces hace lo mismo, ignoramos cuándo regresará.

Sí, Carolina continuaba con su antigua táctica, dejándose llevar de sus caprichos. Jamás cambiaría, era la mujer menos adecuada para ser elegida como compañera de la vida de un hombre y formar un hogar.

La doncella continuaba mirándole con los párpados entornados. Su juvenil busto se erguía retador. George dejó resbalar la mirada por su atractiva figura y no pudo menos de sonreír. Su estado de ánimo no era el más propicio para iniciar una aventura galante.

—Le estoy muy agradecido.

—¿Puedo servirle en algo, señor? —insinuó con atrevimiento.

—No, no.

—¿Le comunico a la señorita su nombre, señor?

—No es necesario. Muchas gracias.

—Adiós, señor.

Y la doncella dejó escapar un suspiro, viendo alejarse la apuesta figura de George. Carolina Havillard era una mujer afortunada, hombres apuestos y adinerados circulaban continuamente a su alrededor.

El joven se encontraba más preocupado. La ausencia de Carolina hacía aumentar sus malos presagios. En realidad, se trataba de una de las costumbres de la bella joven. A veces emprendía un viaje repentinamente, sin haberlo comunicado a nadie, durando su ausencia varios días.

—¡Maldición! —masculló entre dientes—. Todo esto es terriblemente embrollado.

Ahora se dirigía hacia la parte alta de la ciudad, no tardando en divisar la maciza e imponente mole del viejo palacio de Carolina. Se trataba de uno de los edificios más antiguos de Nueva Orleans, habiendo sido erigido por un aristócrata francés, antepasado de la joven.

Se dedicó el tal a la piratería, pues la mayor parte de su fortuna se quedó en Francia, al estallar la revolución. El escenario de sus fechorías fue la Florida. Sus ilegales beneficios sirvieron para comprar tierras y plantar tabaco. Sus descendientes lograron convertirlas en una próspera industria.

Ahora su aspecto distaba mucho de parecer tétrico. Le rodeaban bellos jardines, aunque bastante descuidados.

Cuando, detuvo el coche quedó pensativo. Todo lo ocurrido podía ser producto de sus excitados nervios. Quizá aún continuase enamorado de Carolina y la ansiedad de volverla a ver le indujo a ser víctima de aquella visión.

Movió la cabeza con firmeza. Él no continuaba enamorado de ella, teniendo la seguridad de que era cierto. Aunque estuviese equivocado, él vio a la joven en la ventana. Aún le pareció estar contemplándola, ataviada con el vestido blanco, muy escotado. Tampoco le sería posible olvidar la

extraña expresión de su rostro.

Le dio la impresión de estar dominada por el pánico. Esto también resultaba extraño, pues Carolina siempre demostró poseer un gran dominio sobre sus nervios, no siendo fácil asustarla.

¿Qué había ocurrido en aquella habitación?

Saltó del coche y llegó al lugar desde donde se divisaba la ventana. Su aspecto era normal por completo, permaneciendo cerrada. Se alejó en dirección a la puerta principal. No intentó llamar, limitándose a empujarla con suavidad; estaba cerrada.

Apretó con mayor fuerza, siendo inútil su esfuerzo. La puerta no cedió.

Y la noche anterior estaba abierta. No podía dudarlo, pues el haber llegado hasta la habitación de Carolina no era un producto de su excitada imaginación.

A veces creía estar siendo víctima de una pesadilla, notando una rara pesadez en sus miembros. Hasta le costaba trabajo andar.

Ya no vaciló, entró en el coche y emprendió veloz carrera, dirigiéndose a su club. Se desnudó y se zambulló en la piscina, nadando con energía.

Cuando se duchó y vistió, encendió un cigarrillo, encontrándose infinitamente más aliviado. El ejercicio físico le sentó muy bien.

CAPÍTULO III

El cielo aparecía casi despejado, aunque distaba mucho de tener la serena grandiosidad de la noche anterior. Algunas nubes merodeaban cerca de la luna, ocultándola por breves segundos a su paso ante ella.

George apenas se fijó en ello al subir en su coche. Su pensamiento se encontraba muy lejos de aquel lugar. Una persona lo ocupaba por completo: Carolina Havillard.

Y no se debía precisamente a haberse despertado su antiguo amor hacia ella. Era tan solo al hecho de creerla en un terrible e inminente peligro. Su deber consistía en intentar salvarla. Y lo haría, nada le obligaría a retroceder en su empeño, ni siquiera la seguridad de perder la vida.

Su mandíbula estaba apretada con fuerza, mientras guiaba con gran seguridad su coche. Sus ojos estaban continuamente alertas, para sortear cualquier inesperado obstáculo.

Se detuvo cerca del viejo palacio, en el mismo lugar de la noche anterior y aquella mañana. Fumó en silencio, con la mirada fija en la imponente mole del edificio. Ahora su aspecto resultaba lúgubre y más al cruzar una nube por delante de la luna, dejándolo como sumido en la oscuridad.

Arrojó la colilla y descendió del coche con paso firme.

No tardó en llegar al lugar desde donde se divisaba la ventana de la habitación de la joven. Parpadeó nerviosamente; se hallaba iluminada.

Su corazón latía con violencia, pero con un esfuerzo se serenó. Y entonces vio tras los cristales la figura de Carolina. Llevaba el mismo vestido de la noche anterior, blanco y muy escotado. La expresión de su rostro expresaba una intensa angustia. Pese a la distancia, le pareció distinguir en sus ojos una desesperada llamada.

No podía dudarle. La ventana estaba iluminada y tras los cristales se encontraba Carolina Havillard. Lo estaba viendo con claridad, no se trataba de una alucinación.

Ya no perdió tiempo, dirigiéndose hacia la verja. La empujó y cedió sin la menor dificultad.

Cruzó el jardín con rapidez, hallando la puerta abierta. Exactamente igual que la noche anterior. Pasó por el amplio vestíbulo, sin tropezar, subiendo la escalinata con decisión. No temía ningún peligro, tan solo deseaba llegar a la habitación de la joven y descifrar aquel endiablado enigma.

Se detuvo ante el citado cuarto. Su cuerpo fue sacudido por un estremecimiento; por debajo de la puerta no se filtraba luz alguna.

La estancia estaba a oscuras. Y él tenía la seguridad de haberla visto iluminada poco antes.

No vaciló e hizo girar el pomo, la puerta se abrió sin la menor dificultad. Apretó el interruptor y la amplia estancia quedó iluminada. Estaba vacía.

Carolina Havillard no se encontraba allí.

—¿Dónde estás, Carolina? —musitó angustiado.

Se acercó a la ventana, mirando hacia el exterior. No se equivocó, aquella era la ventana donde poco antes se encontraba la joven millonaria.

Se volvió y miró a su alrededor. Todo parecía estar en orden, el lecho sin la menor huella de haberse posado en él un cuerpo humano. Se pasó una mano por los cabellos, como si tratase de cerciorarse de encontrarse despierto.

No podía dudar de ello, se hallaba en posesión de todos sus sentidos. Jamás creyó en ningún poder sobrenatural, exceptuando a Dios, y no iba a cambiar de opinión aquella noche.

Todo aquello debía tener una explicación y debería encontrarla. Llegó hasta allí con aquella decisión y lo conseguiría. Nada en absoluto le obligaría a retroceder.

Continuó mirando cuantos objetos se encontraban en la estancia. De súbito palideció intensamente, sus ojos estaban fijos en algunas gotas de sangre. Estas se hallaban bajo el armario. Horrorizado, vio cómo otra se unía a ellas, cayendo del interior del artístico mueble...

—¡Dios mío! —musitó con la voz quebrada por la emoción.

Llegó hasta el armario y lo abrió.

Retrocedió un paso. Su mirada estaba fija en el cuerpo de Carolina Havillard. Se hallaba de pie en el interior del armario, con el bello rostro desencajado en una mueca de agonía, extraordinariamente demacrado.

Llevaba el vestido blanco, muy escotado, mostrando el nacimiento de sus senos. A la altura del corazón tenía clavado un valioso y artístico puñal, y la sangre salía con lentitud de la mortal herida.

Apenas tuvo tiempo de sostener el cuerpo sin vida de la joven, pues al faltarle el apoyo de la puerta, se precipitó violentamente hacia adelante. Con cuidado la dejó en el suelo, no teniendo necesidad de examinarla para comprobar que estaba muerta.

—¡Pobre Carolina, está muerta! —exclamó.

En aquel momento un objeto contundente le golpeó en la cabeza. George Moyer, en un supremo esfuerzo, trató de incorporarse y volverse, pero otro golpe le hizo caer de bruces.

Quedó sumido en la inconsciencia.

* * *

Oyó rumor de voces. Trató de abrir los ojos y no le fue posible. Tenía

todo el cuerpo entumecido, no pudiendo mover los brazos ni las piernas.

Entonces recordó lo ocurrido, sintiéndose invadido por una terrible angustia y sus labios murmuraron:

—Pobre Carolina, está muerta.

Notaba un horrible dolor en la cabeza. Su agresor le golpeó con gran fuerza, no temiendo matarle. Apenas podía creer encontrarse vivo, pues no fue un solo golpe él recibido, sino dos.

Las voces llegaban a él con mayor fuerza, pudiendo distinguir algunas palabras, entre ellas:

—Es el asesino.

¡Santo Dios, le acusaban de ser el matador de Carolina!

Con un esfuerzo logró abrir los ojos, viendo a un hombre arrodillado a su lado. Este le zarandeó con suavidad, mientras decía:

—¿Cómo se encuentra?

—Muy mal. Me han golpeado por la espalda.

—No es cierto —respondió una voz potente y airada—. Le he pegado de frente, cuando intentaba escapar.

—Yo no he querido escapar —protestó el joven, aturdido.

—¿Cómo se llama usted?

—George Moyer.

—Sí, esta cartera le pertenece.

—Naturalmente, es la mía.

George reconoció su cartera en la mano de aquel hombre.

—¿Quién me la ha arrebatado? —inquirió, sentándose en el suelo.

Se pasó las dos manos por su dolorida cabeza, tras haber echado hacia atrás un mechón de cabellos.

—Nadie. Se la he cogido yo para comprobar su identidad.

—¿Quién es usted?

—El inspector Maloney.

—¿Así que pertenece a la policía?

—Naturalmente —afirmó el inspector, sonriendo.

—En esta habitación se ha cometido un crimen, le iba a avisar cuando me golpearon.

—¡Mentira! —vociferó la voz iracunda.

—Cállese —ordenó el inspector con energía—. Tan solo debe hablar cuando se le pregunte.

—Solo deseo ayudar a la policía.

—Lo comprendo —asintió el inspector, con suavidad—, y nos ayudará mejor respondiendo a nuestras preguntas.

—No debí haber acompañado al vigilante —protestó el hombre.

—Ha cumplido con su deber y le estamos muy agradecidos.

El inspector Maloney ya no prestó más atención al hombre, dirigiéndose a George:

—¿Cómo descubrió este crimen, señor Moyer?

—Abrí el armario y vi a Carolina muerta en su interior. La sostuve para evitar que cayese al suelo. Cuando la hube dejado, me golpearon. Eso ha sido todo.

—¿En el armario? ¿Está usted seguro?

—Por completo, inspector.

—Su relato es muy extraño, señor Moyer.

Por primera vez advirtió George dónde se encontraba. Ya no se hallaba cerca del armario, sino próximo a la puerta. El armario aparecía cerrado y no vio el cadáver de la joven millonaria.

—Bajo el armario... está la sangre —balbuceó.

—No es cierto —fue la inesperada contestación—, puede usted comprobarlo.

El inspector Maloney no mentía; bajo el armario no se distinguía el menor vestigio de sangre. George sintióse más aturdido que nunca, y con un esfuerzo se levantó. Las piernas se negaban a sostenerle, pero lo consiguió, en un alarde de facultades físicas.

Ante él no se encontraba el cadáver, pero al volver la cabeza no pudo reprimir un grito de horror. Sobre el lecho se encontraba Carolina; estaba tendida boca arriba, mostrando la horrible mueca con que se contrajeran las bellas facciones de la joven, al ser sorprendida por la muerte.

El puñal continuaba clavado en su corazón, apareciendo el lecho cubierto de sangre. El blanco vestido aparecía en desorden, mostrando parte de sus hermosas piernas.

—¿Lo han llevado ustedes al lecho? —preguntó.

—No. Lo hemos encontrado así. Nadie ha tocado nada. ¿Por qué la ha matado, Moyer?

—No he sido yo, inspector.

—No trate de negarlo, será perjudicial para usted.

—Lo sé, soy abogado.

—Ya le conozco, diga la verdad. Le conviene hacerlo.

—Se la estoy diciendo.

El inspector hizo una señal. Un policía se acercó al joven ofreciéndole un vaso con *whisky*.

—Beba, le fortalecerá.

George vació el vaso de dos tragos, sintiéndose más reanimado. Sus fuerzas retornaban a su abatido cuerpo. Entonces fue cuando tuvo la noción exacta de cuanto le rodeaba. A su lado estaban el inspector Maloney y un agente. Tres policías y un individuo muy corpulento se encontraban junto a la puerta. Sobre el lecho, el cadáver.

—¿No desea decir la verdad? —insistió Maloney.

Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, mediana estatura, ligeramente grueso. Vestía con manifiesto descuido y se cubría con un

sombbrero oscuro.

—Se la he dicho, inspector. Entré en esta habitación y descubrí el cadáver de Carolina en el interior del armario. Debe verse la sangre.

El inspector Maloney avanzó hasta el armario, extrajo un pañuelo y cuidadosamente lo abrió. El interior del artístico mueble aparecía limpio, no habiendo el menor rastro de sangre.

—Aquí no ha habido ningún cadáver —dijo el inspector.

George quedó anonadado. En forma alguna podía explicarse lo que estaba ocurriendo. Tenía la impresión de haberse convertido en una mosca, prendida en las finísimas redes de una gigantesca araña.

En vano intentaba debatirse, la telaraña le envolvía cada vez más, haciendo inútiles sus esfuerzos para liberarse.

—He visto el cadáver ahí dentro. No estoy equivocado, se me cayó encima.

Maloney le miró con fijeza, después sacudió la cabeza.

—La verdad ha quedado de manifiesto, no trate de seguir negando.

—Soy inocente. ¡Yo no he matado a Carolina!

—¡Basta, Moyer! —ordenó Maloney con sequedad—. Ahora le conduciremos a la Comisaría y prestará declaración.

Se volvió a un agente:

—No se mueva de aquí. Vendrá un equipo y sacará fotografías y tomarán cuantas huellas digitales sea posible —se volvió hacia el corpulento individuo—: ¿Cómo ha dicho que se llama?

—No se lo he dicho todavía, inspector. No me lo ha preguntado.

—Dígame su nombre —dijo pacientemente Maloney.

—Bernard Nicholson.

—Bien, Nicholson. Mañana le espero en la Comisaría. Necesito su declaración. ¿Cómo advirtió el crimen?

—Pasaba junto a la puerta cuando oí un horrible grito. Vi la puerta abierta y no vacilé en acudir en auxilio de la víctima. Tuve la seguridad de que se estaba cometiendo un crimen.

—Muy bien. Le espero mañana.

Bernard Nicholson hizo una ligera inclinación y se marchó. Maloney posó la mano en el brazo del joven y ordenó:

—Debe seguirme, Moyer. No intente escapar, sería perjudicial para usted.

El joven miró a su alrededor. Resultaban absurdas las palabras del inspector Maloney. ¿Cómo podría intentar escapar de aquellas cuatro paredes, teniendo a su alrededor a cuatro agentes y al propio inspector?

Probablemente dentro de unos instantes sus muñecas quedarían rodeadas por unas fuertes esposas, impidiéndole la libertad de movimientos.

No tenía escape posible. Era víctima de una hábil intriga, pues de otra

forma no podía explicarse lo ocurrido. Sin embargo, le quedaba la esperanza de dejar demostrada su inocencia.

Su sorpresa fue enorme cuando se cercioró de que no era esposado por el inspector Maloney. Una descabellada idea cruzó por su mente. Al principio trató de rechazarla, por creerla irrealizable, pero a cada instante fue cambiando de parecer.

En forma alguna podía permanecer cruzado de brazos, esperando el fallo de culpabilidad. Cuando este fuese hecho, ya no habría la menor salvación para él. Sería conducido a la silla eléctrica sin remisión.

Su espíritu indómito no le permitía resignarse a ser víctima de esta injusticia. Trataría de escaparse para poder conseguir las pruebas de su inocencia. Tan solo de esta forma conseguiría salvar su vida.

Descendieron los peldaños. A su lado tenía al inspector Maloney, un poco adelantado a un agente. Detrás, los restantes policías. Decidió actuar y propinó un vigoroso empujón al inspector. Este, sorprendido, no pudo resistir su empuje y cayó en un peldaño. Su derecha se incrustó con fuerza en la mandíbula del agente, y este cayó pesadamente, rodando hasta tres peldaños.

George aprovechó el desconcierto producido en los policías y descendió veloz la escalinata. Sonó un disparo, pero siguió corriendo sin hacer el menor caso. Confiaba en la oscuridad para no ser alcanzado. Cruzó el vestíbulo con la mayor velocidad posible.

Cerró la puerta tras sí, hallándose en el jardín. Una sombra le salió al encuentro. Lo esperaba y no se sorprendió. Era Bernard Nicholson.

Se detuvo bruscamente y se echó a un lado. Nicholson perdió el equilibrio, al no encontrar a su adversario. Trató de recobrar la posición vertical, pero junto a él ya se encontraba George. Le bastaron tres puñetazos para dejar fuera de combate al corpulento individuo. Su izquierda se le incrustó en el estómago y la derecha en plena faz. Nicholson quedó inconsciente, pero un terrible gancho le sacudió, haciéndole caer de espaldas.

El joven no se entretuvo y llegó hasta la verja, cerrándola con fuerza. Nicholson tardaría mucho en poderse levantar por sus propios medios. Le golpeó ferozmente, con un odio implacable, debido a la falsa y vil declaración de aquel individuo.

Llegó al lugar donde dejó su coche y no pudo menos de lanzar un suspiro de alivio al verlo. Había temido que el inspector Maloney se hubiese apoderado de él, como medida de precaución.

Maloney se confió demasiado, creyendo tenerle a su merced. Le dio la impresión de ser un hombre inteligente, pero la realidad demostró lo contrario.

No perdió un solo segundo y se metió dentro, emprendiendo la marcha hacia la ciudad. ¿A dónde se dirigiría? Esta idea asaltó su mente y no halló

la respuesta adecuada.

A su apartamento, no. Hacerlo equivaldría a entregarse a la policía. Su oficina también sería vigilada, así como Bob y Peter Strond. Maloney se interesaría enseguida por sus amistades, poniendo a sus agentes al acecho.

Su situación habíase convertido en crítica. Por un momento estuvo tentado de huir, regresando a Arizona. Desistió inmediatamente de hacerlo, él mismo declararía su culpabilidad. Su deber era luchar y demostrar su inocencia, y al mismo tiempo descubrir al asesino de Carolina.

Aquel crimen no podía quedar impune. Probablemente fue meticulosamente planeado y ejecutado, habiendo sido elegido él como la víctima propicia para ser detenido como el culpable.

Se internó por una carretera de segundo orden, no tardando en detenerse en un paraje solitario. Se registró los bolsillos, tenía la cajetilla de tabaco y el encendedor, algunos dólares sueltos en un bolsillo del pantalón.

El resto de su fortuna se quedó en poder del inspector Maloney, al retenerle su cartera. La documentación no le importaba, en su actual situación no le serviría de nada, pues no tardaría en circular por toda la ciudad la orden de su detención.

Mientras fumaba, pensó en quién tuvo interés en asesinar a Carolina. La joven había llevado una vida desordenada y quizá algo licenciosa, pero de esto a ser víctima de un asesinato, mediaba un abismo. No le era posible encontrar la persona capaz de llevar a cabo aquel diabólico plan.

¿Y por qué fue elegido él como presunto asesino?

Esta pregunta ya tenía una contestación adecuada y lógica. Había sido hasta hacía escasos meses el prometido de ella. A su regreso a Nueva Orleans pudo recibir una contestación negativa a su ruego de continuar sus relaciones amorosas. Arrastrado por el despecho no vaciló en apuñalar a su exnovia.

Sí, todo estaba hábilmente planeado.

Apoyó la cabeza en el respaldo, adoptando la postura más cómoda, y no tardó en quedarse dormido.

La noche anterior su sueño estuvo cuajado de pesadillas, en cambio ahora dormía profundamente. Todos sus temores habíanse desvanecido. Ahora se encontraba ante un peligro tangible, pudiéndole hacer frente. Y lo haría, no se dejaría vencer sin luchar desesperadamente.

Cuando despertó ya era de día. Descendió del coche y se desperezó. Distendió sus agarrotados músculos y anduvo unos pasos. Debería regresar a la ciudad, poniéndose en contacto cuanto antes con Peter. Su amigo le proporcionaría un refugio, y desde este podría actuar en el descubrimiento de la verdad, demostrando su inocencia.

Tendría cuidado, pues la policía probablemente vigilaría a Peter,

conociendo la amistad que les unía. Probablemente su fotografía habría aparecido en primera página en todos los periódicos, acusado de ser el asesino de Carolina Havillard.

Adoptaría grandes precauciones, pues no quería ser detenido en cuanto se presentase en la ciudad. No solo debería luchar contra la policía, sino contra sus ocultos enemigos, los asesinos de Carolina. Estos tendrían un gran interés en ponerle en poder de la justicia; de esta forma aquel crimen habría quedado resuelto definitivamente y el asesino sería ajusticiado.

Notó un escalofrío en todo el cuerpo. Él era este asesino, y su nombre, cuando fuese recordado por alguien, quedaría asociado a un repulsivo asesinato.

El día acababa de nacer, siendo la hora más propicia para regresar a Nueva Orleans. Montó en el coche y se puso en marcha. Se detuvo en las cercanías de un manantial, conocido por él. Se aseó lo mejor posible y bebió agua.

Tan pronto lo hubo hecho, sintióse asaltado por un terrible apetito, acrecentado por la imposibilidad de satisfacerlo.

Ahora sus pensamientos eran más ordenados, viendo todo lo ocurrido con mayor lucidez. Adquirió una completa seguridad de haber sido víctima de una diabólica maquinación. Alguien tenía un gran interés en matar a Carolina, eligiéndole como presunto asesino. Ante la cantidad de pruebas colocadas contra él, la policía no podría dudarlo un solo momento.

Ahora lo recordaba todo, como si pasase ante él una cinta cinematográfica. Vio la sangre en el suelo, bajo el armario. Abrió este y vio el cadáver de Carolina, viéndose obligado a cogerlo, evitando cayese al suelo estrepitosamente.

Entonces casi no se dio cuenta, pero ahora tenía la seguridad de ello. Bajo el armario había un pedazo de plástico, casi transparente, y probablemente también lo habría en el interior del mueble. Aunque esto no podía afirmarlo.

De esta forma se explicaba la ausencia total de la sangre, no viéndose huellas de haber sido limpiado el suelo. Todo admirablemente planeado, no dejando en olvido el menor detalle.

George movió la cabeza dubitativo.

CAPÍTULO IV

El coche ya entraba en la ciudad.

Decidió abandonarlo. Sería peligroso continuar en él, pues los agentes ya tendrían anotado el número de matrícula y ordenarían su detención en cuanto le viesen.

Andar por las calles céntricas de Nueva Orleans constituiría el dar facilidades a la policía para conseguir su detención. No solo por el hecho de haber sido distribuidas fotografías suyas, sino por la descripción de su indumentaria.

Ahora se le antojaba la situación más peligrosa. Antes de llegar a la ciudad notaba en su interior cierto optimismo; este habíase desvanecido, mirando con recelo a su alrededor. Tenía la impresión de que estaban todas las miradas fijas en él.

Anduvo al azar, tratando en vano de hallar una solución. Peter le permitiría hallar un buen refugio, ayudándole a medida de sus fuerzas y escasa inteligencia. Bob le prestaría su valiosa colaboración, siendo mucho más avisado.

No creía conveniente entrar en contacto inmediatamente con Bob, pues el muchacho estaría más vigilado por la policía. Pese a su habilidad, Bob podía conducir a esta hasta su refugio.

Le faltaba encontrar el lugar dónde esperar a Peter. Entonces le telefonearía, no tardando en tenerle a su lado. Le recomendaría la máxima prudencia y desenvoltura, para no atraer la sospecha de la policía sobre sí.

Todo se arreglaría, pudiendo emplear todas sus energías en el descubrimiento de la verdad. Contaba con una base muy eficaz: Bernard Nicholson.

Aquel siniestro individuo afirmó haberle golpeado cuando intentaba huir. Era cierto, le golpeó, pero no cuando él decía, sino al hallarse inclinado sobre el cadáver de Carolina.

Le saldría al encuentro, obligándole a decir la verdad. Se trataba de un individuo fuerte y brutal, pero cobarde. Cuando se encontrase en una situación peligrosa no vacilaría en delatar a sus cómplices. De no hacerlo, estaba dispuesto a matarlo.

Se encontraba en una calle desconocida, aunque no el barrio; este pertenecía a una clase humilde y laboriosa.

Se estremeció, a escasa distancia de él acababa de aparecer un policía. En cuanto le mirase despertaría sus sospechas, procediendo a su detención. Esto debía evitarlo a toda costa, no siéndole posible echar a correr, pues de

hacerlo se delataría a sí mismo.

Debía ser audaz, decidiéndose por una rápida e ingeniosa solución. Vio a una joven que se encontraba a escasa distancia y que había salido de la casa más próxima. Sin la menor vacilación llegó hasta ella y la abrazó, mientras susurraba:

—No grite, señorita. Se lo ruego.



—No grite, señorita. Se lo ruego...

Vio unos ojos oscuros, grandes, orlados por sedosas pestañas, abiertos desmesuradamente por el asombro. Los rojos labios estaban entreabiertos, prestos a lanzar una llamada de auxilio, ante aquella alevosa agresión.

Esta vez tampoco vaciló George. Sus labios se posaron con fuerza sobre aquellos tan adorables, evitando formular la llamada. De soslayo

contempló cómo el agente pasaba cerca de ellos, sonriendo comprensivo; el amor es muy vehemente.

George, de improviso se olvidó de todo cuanto le rodeaba. El sabor de aquellos rojos labios le subyugaron por completo. Ahora besaba a la joven con pasión, pues no encontraba resistencia a su caricia.

La veía jadeante, con los ojos cerrados. Su cuerpo juvenil apretado al suyo, notando el contacto de su firme busto. Su beso era correspondido, notando una extraña emoción.

Pero el cuerpo de la muchacha se enderezó y sus manos se apoyaron en el pecho varonil, mientras echaba la cabeza hacia atrás. Ahora sus ojos oscuros fulguraban de indignación.

—¿Cómo se ha atrevido a besarme? —dijo jadeante.

—Se lo explicaré.

Y continuaba asiéndola por los brazos.

—¡Suéltame! —ordenó con energía.

—No grite. Me he visto obligado a hacer esta indigna acción. Estoy avergonzado.

—No lo parece usted —respondió la joven con frialdad, recobrando el dominio de sí misma—. Llamaré a ese guardia.

—Precisamente por no atraer su atención la he abrazado y besado.

—No es posible. Así le ha obligado a mirarnos.

—Pero solo ha visto a una pareja de enamorados.

—¡Es usted un insolente!

La joven cada vez se excitaba más, dominada por la indignación. Sin embargo, no se atrevía a mirarle, estaba avergonzada. George esbozó una sonrisa, conocía el motivo. Ella había correspondido a su audaz e inesperado beso. Solo fue un instante, pero la realidad era esta.

La cogió del brazo y la hizo entrar en la escalera.

—Suéltame, voy a gritar.

—No intento hacerle el menor daño. Tan solo deseo no ser detenido.

—¿Le persigue la policía?

—Sí, pero soy inocente.

—Todos los criminales lo dicen.

—Es cierto, se lo prometo.

El tono de George sonó con tal sinceridad, que la muchacha le miró con fijeza. Le creyó. Las atractivas y varoniles facciones del joven le produjeron la seguridad de que no mentía.

—No huya, entréguese a la justicia. La verdad quedará demostrada.

—Esta no. Todo está preparado con una habilidad demoníaca para perderme.

—¿De qué le acusan?

—De asesinato.

La muchacha se estremeció. George lo notó, por continuar sujetándola

del brazo.

—¡Es horrible! —exclamó impulsivamente.

—No he matado a Carolina Havillard.

—Se trata de una mujer...

—Sí.

—¿Qué piensa hacer?

—Quisiera permanecer unas horas en un lugar seguro y avisar a un amigo. Él me ayudará.

Ella vaciló. Levantó la cabeza y le miró con fijeza; después habló con gran seguridad:

—Suba a mi casa. Se encontrará seguro. Solo está mi padre y no le hará ninguna pregunta. Con decirle que es usted el prometido de una amiga le bastará.

—No es conveniente decir mentiras, señorita.

—A veces es preciso.

—Temo causarle muchas molestias.

—Le he ofrecido mi casa. ¿Acepta o no?

—Acepto. Le estaré infinitamente agradecido.

No obtuvo contestación, la joven ya ascendía por la escalera. La claridad no era excesiva, pero le permitía distinguir su esbelto cuerpo. Era muy hermosa, sintiéndose atraído hacia ella. No era tan solo por su belleza, sino por su reacción y su espontánea conducta.

Le dio alcance y susurró:

—¿Cómo se llama?

—Clara, Clara Landi.

—Mi nombre es George Moyer, pero debe decir tan solo George, mi apellido debe sonar mucho en la ciudad.

—De acuerdo.

Clara se detuvo en el segundo piso, introdujo una llave en la cerradura y abrió la puerta. Se oyeron los pasos de un hombre, no tardando en ver George al padre de la joven. Se aproximaba a los sesenta años, mediana estatura y bastante obeso. Sus escasos cabellos eran blancos.

Le gustó la expresión de su rostro, que era honrada y franca. Ahora mostraba una viva sorpresa.

—¿Ya has comprado el desayuno, Clara?

—No, papá. He encontrado a George y le he hecho subir. Te lo presentaré.

—George... ¿Quién es George? —preguntó Joe Landi, mirando con fijeza al joven.

Clara, haciendo caso omiso de la extrañeza de su padre, cogió una mano del joven y le hizo entrar en una salita. George miró a su alrededor. No existía lujo, pero todo estaba muy limpio y amueblado con sencillez, aunque con un gusto exquisito. Se adivinaba la mano de una mujer

haciendosa.

—Verás, papá. George es...

—Señor Landi, le voy a decir la verdad. Todo quedará aclarado, no habiendo confusión alguna.

—George, no es preciso —respondió la joven con viveza.

—Sí, lo creo conveniente. Le estoy muy agradecido por cuanto ha hecho por mí, pero no quisiera les ocurriese un percance por mi culpa. Y más ignorándolo su padre.

Joe Landi se rascó la cabeza en un gesto de perplejidad, y después invitó:

—Haga el favor de sentarse y explíquese.

George esperó lo hiciesen Clara y su padre, después se dejó caer en una cómoda butaca.

—No sé cómo empezar, señor Landi.

—Por el principio, es lo más fácil.

—Lleva usted razón. Hace unos minutos abracé y besé a su hija en la calle...

—¿Cómo ha dicho? —exclamó Landi, poniéndose en pie de un salto.

El joven no pudo menos de sonreír, siendo imitado por Clara.

—¿Y tú lo has permitido, Clara?

—Déjale continuar, papá. Siempre te muestras muy impulsivo.

—¡Y cómo diablos voy a mostrarme cuando un desconocido afirma haber abrazado y besado a mi hija!

—Llevas razón, pero debes escuchar el resto del relato del señor Moyer.

La joven respondió con admirable calma, teniendo la virtud de tranquilizar a su padre. Se volvió a sentar.

—No me gusta nada su conducta, joven. Continúe.

—Lo hice por haber aparecido, de improviso, un guardia. De esta forma no se dio cuenta de mi presencia. Me persiguen por estar acusado de asesinato.

Joe Landi abrió la boca desmesuradamente, dominado por un inmenso asombro.

—¿Acusado de asesinato?

—Eso he dicho. Pero le prometo que soy inocente. Su hija me ha ofrecido su casa para pasar en ella tres o cuatro horas, hasta poderme entrevistar con un amigo íntimo.

—El ofrecimiento de mi hija queda corroborado por mí, George.

El joven sintióse emocionado por la sencillez con que su interlocutor le ofrecía su casa, pese a no ignorar su crítica situación.

—Se lo agradezco. Pero no debe olvidar que puede salir muy perjudicado si me encuentran aquí.

—Correré ese riesgo. Tengo la seguridad de que es inocente.

—¿Cómo puede creer semejante cosa? ¡Si no me conoce!

—Si fuese culpable no hubiese hablado con tanta claridad, se habría escudado en la credulidad de mi hija.

—Siendo así, acepto.

Clara se levantó, sonriendo abiertamente.

—Voy a buscar el desayuno, se está haciendo tarde. Papá y yo debemos ir a trabajar.

El joven carraspeó antes de hablar:

—Le agradecería comprase algo para mí. Desde anoche no he probado bocado.

—Ya he pensado en ello, George.

Este extrajo unos billetes y se los alargó.

—Además, compre el diario... Quisiera leer cuanto se relaciona con el asesinato de Carolina Havillard. Irá en primera página, con mi fotografía.

—Guárdese su dinero. Es nuestro invitado.

—No puedo consentirlo, bastantes molestias les estoy ocasionando. El dinero no es ningún problema para mí...

—A nosotros no nos sobra, pero mi hija tiene razón. Es usted nuestro invitado.

Comprendiendo la inutilidad de insistir, George se volvió a guardar el dinero. Clara se marchó, sin perder más tiempo.

—No se porta bien con su hija, señor Landi.

—¿Por qué? —inquirió este sorprendido.

—La deja hacer su voluntad. Eso no es conveniente, le debe dominar por completo.

—No tenga ninguna duda sobre ello. Clara manda en esta casa y no me puedo quejar. Es muy juiciosa.

—Eso me ha parecido. Pese a ello, no se puede dar mucha libertad a una mujer.

—Clara es distinta —hizo un gesto significativo—. No es porque sea mi hija, pero es razonable.

—¿Le deja fumar? —preguntó George maliciosamente.

—Naturalmente. De intentar lo contrario, me sublevaría. ¿Qué se ha creído, muchacho? Fumo cuanto me place y algunos días bebo un vaso de *whisky*.

—Tiene usted una hija maravillosa.

—Perdone mi falta de modestia, pero así lo creo. Aunque estoy disgustado por haberla usted besado.

—Me vi obligado a ello. La situación no me dejaba lugar a elegir.

—Bien, bien, George. Trataré de olvidarme de eso. Voy a enseñarle mi pequeña biblioteca, puede coger lo que quiera, le ayudará a pasar el día.

—¿El día?

—Desde luego. Se marchará cuando haya oscurecido, entonces se reunirá con su amigo. De no hacerlo así, se expone a ser detenido y no

habríamos conseguido nada.

—Señor Landi, no sé cómo...

—Con llamarme Joe, es suficiente. No debe esforzarse en demostrarme su agradecimiento. Se ve inmediatamente cuándo una persona es sincera y agradecida. Las palabras no sirven para afirmarlo.

George examinó la modesta biblioteca de Joe Landi. Era sencilla, pero de excelente calidad literaria. También vio una gran cantidad de novelas policíacas.

—Me apasionan —dijo Joe con sencillez.

—Todo es agradable de leer cuando está bien escrito, incluso los relatos más inverosímiles.

Y contuvo una sonrisa, pensando que lo ocurrido la noche anterior probablemente superaría la fantasía de aquellos autores de novelas policíacas. Y había sucedido en realidad.

Él podía afirmarlo, encontrándose en una comprometida situación.

Clara llegó y mientras preparaba el desayuno, George ojeó el diario. No pudo menos de hacer un gesto de extrañeza al no hallar en primera página la noticia del asesinato de Carolina y menos su fotografía, acusado de asesino.

Pero no solo no se encontraba la noticia en primera página, sino que no figuraba en el resto del diario. Lo dejó en una silla, mientras murmuraba:

—Es increíble.

—¿Qué le sucede, George? —preguntó Joe.

—El diario no trae información alguna. No es posible, la señorita Havillard es muy conocida en la ciudad, posee una gran fortuna; mejor dicho, poseía.

—Debe tratarse de un ardid de la policía, de esa forma le confían. Esperan que cometa un error para detenerle. Entiendo bastante de estas cosas.

—Es posible que tenga razón. Yo también entiendo algo, soy abogado.

—¡Naturalmente! No sé cómo no se me ha ocurrido antes. George Moyer, su nombre me sonaba. Ha obtenido muchos éxitos últimamente.

—Sí, y ahora debo solucionar mi propio caso. Ya veremos si sigo tan afortunado.

—No faltaba más. Los criminales siempre dejan un cabo suelto, por muy hábiles que sean. Debemos marcharnos, George. Si llaman a la puerta no responda, y siéntase como en su propia casa.

El joven asintió en silencio. No encontraba palabras con que responder a aquellas muestras de confianza. Joe le tendió la mano y se la estrechó con fuerza. Clara se limitó a sonreírle.

Se quedó solo. Cogió una novela y se sentó cómodamente, dispuesto a dejar pasar el tiempo con la mayor rapidez posible. No le fue posible leer, sus pensamientos estaban ocupados por su actual problema y también en

la juvenil y atractiva figura de Clara.

La muchacha le impresionó. Era dulce y firme al mismo tiempo, su padre se lo confirmó con su característica sencillez; era maravillosa.

Recordó cuando la abrazó de improviso, oprimiendo sus labios con los suyos. Clara desfalleció ante la inesperada caricia; el contacto de una boca varonil sobre la suya la hizo doblegarse a su voluntad. Lo advirtió y sintióse enloquecer, olvidándose del agente y de cuanto le rodeaba.

Después vino su reacción, apartándole con firmeza e intentando gritar. Lo evitó al mostrarse sereno y, disculpándose, logró hacerse escuchar por la muchacha. ¿Cuántos años tendría?

De veinte a veintidós. Se trataba de una hermosa flor, notando un intenso afán por apoderarse de ella. Sí, habíase enamorado. La inquietud de que se encontraba invadido lo indicaba. Se trataba de algo superior a cuanto creyó querer a Caroline Havillard.

Resultaba sorprendente. Cuando se hallaba envuelto en la situación más difícil de su vida, se le ocurría enamorarse. Todo su afán debía concentrarse en descubrir al asesino de Carolina, demostrando su inocencia. En cambio, se entretenía en soñar con tener un confortable hogar, en compañía de aquella muchacha, hasta hacía una hora, desconocida.

Joe Landi viviría con ellos. No solo por gratitud, sino por afecto hacia él. Su sencillez le conquistó por completo, aparte haber dado muestras de ser inteligente.

A veces lograba enfrascarse en la lectura de la novela, fumando sin cesar. Pero esto duraba poco, tenía excesivas preocupaciones para seguir leyendo.

No obstante, levantó la cabeza sorprendido al oír abrirse la puerta. El tiempo había pasado con bastante rapidez. Joe Landi apareció en la salita.

—¿Cómo se encuentra, George? —preguntó sonriendo con afabilidad.

—Muy bien, Joe. Lo he pasado bastante entretenido.

—Clara no tardará en venir y nos preparará la comida. ¿Hay apetito?

—Si lo negara, le mentiría.

—Eso es magnífico.

George parecía estar distraído, toda su atención estaba puesta en la próxima llegada de Clara. Ansiaba volver a verla. Joe lo advirtió, no haciendo comentario alguno, limitándose a sonreír.

—Es extraño. He leído todos los periódicos de la mañana y ninguno lleva la menor información del asesinato de Carolina Havillard.

—Eso fortalece su hipótesis, Joe. A la policía le interesa mantenerlo secreto, de esta forma cree tener mayores posibilidades de detenerme.

Y ya no le fue posible oír la respuesta de su interlocutor. Toda su atención estaba puesta en la aparición de Clara, pues oyó con claridad cómo se abría la puerta. Joe no se molestó en repetir sus palabras. Se pasó

la mano por la barbilla dubitativo.

—¡Hola, George! ¿Lo ha pasado bien?

—Admirablemente, Clara. Nunca me podré olvidar de ustedes.

La joven se volvió con rapidez. Su padre volvió a pasarse la mano por la barbilla. Ahora su ceño estaba fruncido. Clara estaba enamorada, la conocía demasiado bien para dudarlo. Siempre lo deseó y temió al mismo tiempo.

Ignoraba quién era, en realidad, George Moyer. Conocía tan solo la fama conseguida en poco tiempo, erigiéndose en uno de los abogados de más porvenir en la ciudad. Tampoco sabía nada del asesinato de Carolina Havillard, y la curiosidad le atormentaba.

No obstante, empezaron a comer sin hacer ninguna pregunta. George miró a padre e hija, después dijo con lentitud:

—Tengo la obligación de enterarles de todo lo ocurrido.

—Sí no desea hacerlo, no lo haga —contestó Joe con fingida indiferencia.

—¿De veras no quiere enterarse, Joe?

—Mentiría si le dijese que no. Estoy muerto de curiosidad por conocer todo lo ocurrido.

—Papá.

—Es verdad, hijita. Nunca me ha gustado mentir. Además, de esta forma podremos ayudar mejor a George.

—Sí, es cierto.

—Mi relato es fantástico. Quizá no crean lo que les diga, pero todo es verdad.

—Empiece, George —apremió Joe, con sus ojos brillando de excitación.

El joven relató lo ocurrido, empezando desde su regreso a Nueva Orleans y describiendo, con brevedad, su noviazgo con Carolina.

Ni una sola vez fue interrumpido, y cuando terminó, Joe exclamó con entusiasmo:

—Parece increíble, es como si se tratase de una novela policíaca. Todo está diabólicamente tramado —sin olvidar el menor detalle. Su relato es tan inverosímil y confuso que la policía no le creerá, muchacho.

—Esa es mi opinión.

—Pero el asesino ha fallado en una cosa: en su huida. Ahora ha dejado un cabo suelto.

—Bernard Nicholson.

—Exacto. Es preciso hacer confesar a ese individuo la verdad.

—Trataré de conseguirlo, es la única posibilidad de demostrar mi inocencia.

CAPÍTULO V

Ya había anochecido cuando George se despidió de padre e hija. Estos le recomendaron la máxima prudencia, no debiendo exponerse en vano.

—Cuando lo desee puede regresar a esta casa, George —dijo Joe al estrechar la mano del joven.

Después se retiró discretamente, dejando a los dos jóvenes solos.

George retuvo la manecita de Clara entre la suya.

—Perdóneme lo ocurrido esta mañana, Clara.

—Olvídese de ello.

—No me será posible, lo recordaré toda mi vida.

Sus ojos se miraron con contenida ansiedad. George la asió con suavidad por los hombros, bajó la cabeza y la besó con suavidad en los labios.

La soltó y salió con rapidez a la escalera.

—Ten cuidado, George.

—Procuraré volver, Clara.

Joe miró a su hija con expresión endurecida.

—Me parece que prodigas demasiada solicitud a ese George Moyer.

—¡Oh, papá! Es tan desgraciado.

—No lo creas. Es joven, fuerte e inteligente y saldrá de este atolladero.

Después no se acordará de nosotros.

—No digas eso. George es agradecido.

—No lo dudo, le creo un buen muchacho. Pero tú no estarás contenta con que solo se muestre agradecido.

—No debes hablar así.

Joe la abrazó con ternura y musitó:

—¿Le quieres mucho?

—Sí.

—Es extraño, yo también le aprecio mucho. No me disgustaría como yerno.

George salió a la calle, andando con naturalidad. Siguió las indicaciones de Joe Landi, no tardando en detenerse ante una cabina telefónica. Cerró la puerta e introdujo una moneda en la ranura, marcando un número. Al tener respuesta, dijo:

—¿Haría el favor de avisar al señor Strond?

—Un momento, señor.

—¿Quién es? —preguntó poco después la voz inconfundible de Peter.

—¿Cómo estás, Peter?

—¿Dónde diablos te has metido, George? No te he visto durante todo el

día, ni siquiera te has molestado en llamarme.

—Ya te lo explicaré más tarde. Deseo verte cuanto antes.

—Ven a casa, cenaremos juntos. Si lo prefieres iremos a un restaurante.

—No, no. No puedo mostrarme en público, sería peligroso para mí.

—¿Qué estás diciendo?

—Apunta esta dirección —George se la dio con claridad—. Esta plazuela está casi siempre solitaria. Estaré sentado en un banco; procura que nadie te siga.

—Me estás intrigando, George.

—Dentro de media hora te espero.

—De acuerdo.

Y colgó.

No pudo menos de sonreír. Si Peter ya estaba intrigado con la breve conversación sostenida, qué le ocurriría cuando se enterase de todo lo sucedido la noche anterior. Peter Strond carecía de imaginación y parpadearía sorprendido. No esperaba mucho de su ayuda, pero le pondría en contacto con Bob y confiaba mucho en la iniciativa del muchacho.

Teniendo amigos como Peter y Bob no podría fracasar, saliendo adelante en su empeño de descubrir la verdad.

Anduvo paseando por calles poco concurridas y veinte minutos después se sentaba en el banco señalado a Peter. Encendió un cigarrillo y esperó pacientemente.

Este no llegó a consumirse cuando vio la alta y delgada figura de Peter Strond. Como siempre, se presentaba elegantemente vestido. Esto y su agradable carácter eran sus más destacadas cualidades.

Peter se apresuró a apretarle el brazo.

—¿Te ha ocurrido algo, chico?

—Sí, muchas cosas. Siéntate.

—¿Aquí?

—Naturalmente. Es el lugar más indicado para hablar tranquilos. Si ves a alguien acercarse, avísame.

—Te has vuelto muy misterioso.

—Tengo motivos sobrados para ello.

Peter dejó escapar un suspiro y se sentó al lado de su amigo. Le miraba con evidente desconfianza, demostrando estar receloso.

—No he bebido, Peter —dijo George sonriendo.

—En verdad, lo había pensado.

—Anoche ocurrió algo horrible. No sé cómo explicártelo.

—Habla de una vez, me estás intranquilizando.

—Bien, voy a hacerlo. Mataron a Carolina y estoy acusado de ser su asesino.

—¿Han matado a Carolina? No es posible, George.

El rostro de Peter había palidecido.

—Es cierto. Yo descubrí su cadáver.

—Los periódicos no han dicho nada.

—Se trata de una burda maniobra del inspector Maloney. De esa forma trata de tranquilizarme y hacerme caer en una trampa.

—Explícate de una vez.

George ya no se detuvo, relatando todo lo ocurrido desde la aparición de Carolina en la ventana. Peter le interrumpía de vez en cuando con exclamaciones de asombro.

—Es increíble —musitó, una vez que el joven hubo terminado de hablar.

—Pero absolutamente cierto...

El joven abogado miraba a su alrededor, como si temiese ser sorprendido, de improviso, por la policía.

—No temas. He tomado precauciones para llegar hasta aquí, como me habías advertido.

—Gracias, Peter. Tenía la seguridad de contar con tu ayuda.

—De buena gana te daría un puñetazo, eres merecedor de ello por haber dicho eso. No te lo doy porque eres más fuerte. ¿Cómo no voy a ayudarte? Y más, siendo inocente.

—Me alegra oírtelo decir.

—Tú no eres capaz de asesinar a nadie y menos a una mujer.

—Al parecer no es esa la opinión del inspector Maloney.

—Ya trataré de convencerle.

—No lo intentes, Peter —se apresuró a decir George alarmado—. ¿No comprendes que le indicarías haber hablado conmigo?

—Llevas razón, soy un estúpido.

—Pero tienes un corazón de oro. Eso te compensa de tus errores. El inspector Maloney ha silenciado la muerte de Carolina con la intención de confiar al criminal. De esta forma yo caeré en sus redes sin remisión.

—¿Lograrás evitarlo? —preguntó Peter con ansiedad.

—Haré cuanto se halle a mi alcance. Debo luchar con todas mis fuerzas para descubrir la verdad.

—Te ayudaré.

—Acepto tu ayuda, pero con una condición.

—¿Cuál?

—No debes actuar por iniciativa propia. Tan solo seguir mis instrucciones.

—¿Tan poca confianza te inspiro?

—Sobre tus cualidades de habilidad, ninguna. No te ofendas, Peter, pero te hablo con claridad.

—Quizá tengas razón. En mi vida solo me ha importado divertirme. En esta ocasión pondré todo mi interés para salir airoso. Te lo prometo.

—No podré fracasar, contigo y Bob lograré salir bien de esta terrible situación.

—¿Quién puede haber matado a Carolina?

—No tengo la menor sospecha. Tan solo la pista de Bernard Nicholson, este es el asesino o su cómplice. Él me golpeó, lo afirmó al inspector Maloney, aunque falseando los hechos.

—Todo esto es muy extraño. No puedo explicarme semejante lío. Aparece Carolina durante dos noches, en la ventana, y después la encuentras muerta en el interior del armario. Te golpean y cuando vuelves en sí, el cadáver de Carolina se haya en el lecho.

—Exacto, todo ha sucedido como has dicho. La solución es muy sencilla. Al encontrarme la policía y ante las contradicciones de mi relato, no pueden menos de tener la certeza de que he sido yo el asesino, no habiendo podido huir por la intervención de Nicholson. Un asunto endiabladamente complicado y a la vez muy sencillo.

—¿Y el motivo?

—Más claro no puede estar. En realidad soy la persona más indicada para matar a Carolina. A mi regreso a Nueva Orleans he intentado reanudar mis relaciones amorosas con ella. La he suplicado y se ha negado. Después, probablemente la habré amenazado y ella se habrá reído. Furioso me habré apoderado de ese cuchillo, partiéndole el corazón.

—Sí, cuanto has dicho es muy sensato.

—El asesino tiene una mente diabólica, no habiéndosele escapado ningún detalle. Aunque yo le he producido una viva contrariedad al lograr fugarme. De haber sido encarcelado, su plan habría salido perfecto. Ahora estaría tranquilo, esperando mi ejecución.

—Estoy asombrado. Tenía la seguridad de que estas cosas solo ocurrían en las novelas policíacas.

—La realidad supera, con creces, la fantasía. Mi experiencia de abogado lo ha demostrado.

—Pues ese asesino no conseguirá su infernal propósito. Lo impediremos —afirmó Peter con energía.

—Gracias, chico, por tu decisión.

—También tengo nervio, no vayas a creer lo contrario.

—Me servirás de enlace con Bob. El muchacho tiene más experiencia en casos como este.

—¿Solo debo hacer esto? —musitó Peter con desilusión.

—Y me buscarás un buen refugio. Un piso sencillo, en un barrio apacible. Por ejemplo, muy cerca de aquí.

Y le dio el nombre de la calle donde vivía Clara.

—Bien, alquilaré uno y lo ocuparás. ¿Dónde pasarás el día de mañana?

—No te preocupes, lo tengo previsto. Te telefonearé alrededor de las ocho y media de la tarde, debes ponerte tú al aparato. Tu criado no debe sospechar nada.

—¿Desconfías de él? —exclamó Peter sorprendido.

—No, pero puede ser interrogado por la policía. El inspector Maloney tiene fama de ser muy astuto, así me lo han informado un amigo mío —en aquel momento evocó la jovial figura de Joe Landi—. Tú también debes estar prevenido contra sus manejos.

—No me dejaré envolver por las maniobras de ese inspector.

—¡Bravo, Peter! —asintió el joven con alborozo—. Lograremos triunfar.

—¿Qué hago ahora?

—Vas en busca de Bob, le cuentas cuál es mi situación, probablemente no se sorprenderá.

—¿Por qué no va a sorprenderse?

—El inspector Maloney ya le habrá hecho una visita.

—Comprendo.

—Encargas a Bob me traiga un par de trajes, los más usados, y un par de zapatos. Él ya encontrará la forma de conseguirlo sin despertar sospechas. Toma, las llaves de mi apartamento.

Peter cogió el llavero y lo introdujo descuidadamente en un bolsillo. George mostró una alarmada expresión.

—Ten cuidado, no vayas a perderlas.

—Antes se me perdería la cabeza.

El joven no pudo menos de sonreír ante el énfasis con que su amigo pronunció estas palabras.

—No se perdería gran cosa, pero prefiero continuar viéndola sobre tus hombros.

—A veces eres odioso, George. Tienes muy poca fe en mi inteligencia.

—Poca fe, no. Ninguna.

Los dos amigos se echaron a reír. George extrajo una cajetilla de cigarros y ofreció uno a Peter. Ambos encendieron.

—¿Necesitas dinero, tabaco u otra cosa?

—Dame doscientos dólares, si es posible en billetes pequeños. De lo demás, tengo de todo. Dentro de dos horas os espero aquí.

Peter le alargó varios billetes, sin contarlos. El joven los guardó en un bolsillo, le dio una palmada en el brazo y se alejó.

Por espacio de varios segundos, Peter continuó sentado en el banco, con la mirada fija en la alta y poderosa silueta de George, hasta verle desvanecerse en la oscuridad de la noche.

Se levantó y anduvo en la dirección por donde había llegado. Atravesó varias calles, hasta llegar a su coche, montó y arrancó veloz. No tardó en detenerse ante la casa donde se alojaba Bob. Le abrió una mujer de mediana edad.

—¡Hola, Peter! Cuánto tiempo sin verle; ¿le ha ocurrido algo a George?

—No, tranquilícese —sonrió el joven—. ¿Se encuentra en casa Bob?

—Sí, estamos terminando de cenar. ¿Quiere acompañarnos?

—Se lo agradezco, pero todavía no tengo apetito. ¿Cómo estás, Bob?

El muchacho acababa de aparecer en el recibidor, haciéndole una significativa señal.

—Muy bien. Terminó de cenar en un momento y me iré contigo.

—No te apresures, no hay prisa alguna. George nos está esperando.

Bob ya no hizo más preguntas, continuando cenando con su madre, mientras la conversación se generalizaba. La señora Fullmer amenazó con el dedo a Peter.

—Usted y George son dos excelentes muchachos, pero no quisiera que Bob siguiese su conducta. Ya tienen edad para casarse.

—No he nacido para seguir por ese camino. George es distinto, es más enamorado.

—Pero cuando llega el momento culminante, se vuelve para atrás. Tampoco tiene formalidad.

—¡Señora Fullmer! —protestó Peter con viveza—. Soy una persona honorable, no debe tratarme de esa forma.

—No es merecedor de otra. Solo se preocupa de divertirse, es necesario fundar un hogar y adquirir responsabilidad ante la sociedad. No, no estoy de acuerdo con su forma de vivir.

—Mamá, estoy comprendiendo por qué Peter no viene con más frecuencia a visitarnos. Te teme.

—No es verdad, Bob. Las reprimendas de tu madre no me molestan, al contrario, las hace porque me aprecia.

—Así es. Tengo la impresión de que se convertiría en un buen esposo y padre amantísimo.

Peter se echó a reír. Bob terminó de cenar se levantó.

—Me cambio de ropa en un momento, Peter.

—No tengas prisa.

El muchacho asintió con un movimiento de cabeza, dirigiéndose a su habitación. Estaba preocupado, pese a sus esfuerzos por no aparentarlo. Algo grave le estaba ocurriendo a George, debiendo necesitar su ayuda.

No vacilaría en prestársela, aun cuando su vida corriese peligro. Esto carecía de importancia para él; por ayudar a George no repararía en riesgos.

Pensaba con rapidez en lo ocurrido desde el regreso de su jefe. Le vio entrar en el despacho con una preocupada expresión, no habiendo querido ser explícito con él, pero su forma de hablar y el hecho de no haber empezado a trabajar, le intranquilizaron. Luego estaba su inesperada pregunta de si creía en las alucinaciones.

Aquella mañana no se presentó en el despacho. Sintióse dominado por la angustia, que aumentó al recibir la visita del inspector Maloney. Le recibió sobresaltado, dominado por una intensa curiosidad. Le ofreció una silla, dejándose caer en ella el policía, aunque su acompañante continuó de pie.

—¿Ha venido el señor Moyer?

—No, inspector. ¿Ha ocurrido algo?

—Nada de particular. Tan solo deseaba hablar con él.

Y sus pupilas le miraron con fijeza. El muchacho no se inmutó, acostumbrado a encontrarse en situaciones embarazosas.

—Todavía no se ha presentado, pero no puede tardar mucho. Hoy precisamente debe empezar a trabajar. Ha permanecido dos meses de vacaciones.

—¿Acostumbra a hacerlo con frecuencia?

—En absoluto.

—Cuando venga, dígame que me llame. Deseo hablarle.

—Se lo diré, señor.

—Cuanto antes, mejor.

—Descuide. No tengo necesidad de anotarlo, mi memoria es excelente —dijo Bob sonriendo.

Notaba sobre sí la escrutadora mirada del inspector, y pese a ello no perdió su aplomo. George debía encontrarse en una situación apurada, y la visita de aquellos hombres se debía al interés de conocer el paradero de su jefe. Maloney era un viejo zorro y no habló con claridad, teniendo la seguridad de no ser contestado por él con absoluta sinceridad.

—Adiós, Bob —se despidió el inspector tendiéndole la mano.

El muchacho la estrechó con fuerza. A pesar de creer tener un enemigo en el inspector, le gustaba su aspecto. El agente se limitó a saludarle con un movimiento de cabeza. Los acompañó hasta la puerta, y cuando se hubieron marchado los visitantes, murmuró:

—¿Qué habrá hecho George?

Y ahora se presentaba en su casa Peter Strond. Esto ya colmaba su intranquilidad, deseando poder hablar con tranquilidad con el joven millonario.

CAPÍTULO VI

Tan pronto hubieron salido de la casa, Bob preguntó:

—¿Dónde se encuentra George?

—No te precipites, Bob —respondió Peter con repentina gravedad—. Hablaremos con tranquilidad.

Esto aún intranquilizó más al muchacho. Peter casi nunca adoptaba un tono grave, aun en las peores situaciones, solía hablar con ligereza.

—¿A dónde vamos?

—De momento a mi coche.

Bob ya no respondió y fue andando a su lado hasta detenerse junto al coche. Los dos entraron y Peter arrancó con rapidez, sin entretenerse en lo más mínimo. El muchacho le observaba con creciente interés. De pronto lanzó una exclamación de asombro, acababa de pasar otra vez por el mismo lugar en poco tiempo.

—¿Qué estás haciendo, Peter?

Este habíase metido en un endiablado tumulto de coches, conduciendo hábilmente.

—Estoy tratando de no ser seguido.

—¿Por qué adoptas tantas precauciones?

—Es necesario. Un poco de paciencia y te lo diré todo.

—Estás muy misterioso.

—Tengo motivos para ello.

El corazón de Bob latió con mayor violencia ante esta contestación. Permaneció silencioso, observando las hábiles maniobras de Peter. Este continuó conduciendo con expresión impasible durante más de diez minutos, hasta aparcar cerca del domicilio de George.

Ofreció su elegante pitillera de oro a Bob y ambos encendieron los cigarros.

—George se encuentra en un terrible apuro —fueron las primeras palabras de Peter.

—Lo suponía. Le ayudaré a salir de él.

—Le ayudaremos, chico. Aunque no es nada fácil.

—Estoy acostumbrado a resolver casos difíciles.

—Este es diabólico. No entiendo nada, es como si estuviese en un lugar poblado de grillos. Temo volverme loco.

—¿No exageras, Peter?

—En absoluto. Me conoces y sabes, sobradamente, que carezco de fantasía. Siempre me ciño a la realidad, procurando que esta sea diáfana y

alegre.

—Habla de una vez, la curiosidad me está matando.

—Anoche asesinaron a Carolina Havillard.

—¡No es posible!

—Es cierto. George fue detenido junto a su cadáver.

Los ojos del muchacho estaban desmesuradamente abiertos, sus pupilas dilatadas por el asombro.

—El diario no lo ha publicado.

—El inspector Maloney trata de ocultarlo, lo ha creído conveniente. De esta forma espera confiar a George y apoderarse de él.

—¿No has dicho que fue detenido junto al cadáver de Carolina?

—Sí, pero logró escaparse.

—¡Bravo por George! —exclamó el muchacho alborozado—. No es capaz de someterse ni a la policía.

Ahora su rostro palideció, sus dedos rodearon la muñeca de Peter, apretando con fuerza.

—¿El inspector Maloney acusa a George de haber asesinado a Carolina?

—Así es.

—¡Es un imbécil! Le creía más inteligente. George no es capaz de asesinar a nadie, y menos a una mujer.

—Pero la policía no lo cree así, y lo persigue con encarnizamiento. Tú y yo podemos estar vigilados, por eso debemos tomar precauciones para evitar ser seguidos.

Y con rapidez le explicó lo ocurrido en el viejo palacio de los Havillard. El rostro de Bob denotaba todas las impresiones que le producía el extraño relato. Cuando su amigo terminó de hablar, comentó:

—El inspector tiene motivos sobrados para sospechar de George.

—Sí, no puede hacer otra cosa. En su lugar también actuaríamos igual. Ahora debes entrar en el apartamento de George, procurando no ser visto por nadie. Debes apoderarte de dos trajes, los más usados, y un par de zapatos. Regresas cuanto antes.

Y le entregó el llavero.

El muchacho saltó del coche y tomando precauciones entró en el edificio. No tuvo dificultad alguna para entrar en el apartamento. Su mirada se posó en una botella de *whisky*, cogió un vaso y vertió un poco de licor. Le hacía falta un trago.

Una vez lo hubo vaciado, habiendo hecho un par de intervalos, Bob abrió el armario, cogiendo dos trajes. No tuvo la menos vacilación, pues conocía sobradamente cuanto pertenecía a su jefe.

Lo envolvió todo en un paquete, procurando que fuese lo más discreto posible. Por fortuna, el portero le conocía y no se preocuparía al verle salir cargado.

No tardó en encontrarse junto a Peter. No pudo menos de admirar la

serenidad de este. Se limitó a mirar el paquete y preguntó:

—¿Es cuanto necesita George?

—Sí.

Emprendió la marcha. De nuevo realizó varios círculos, metiéndose donde era mayor el tráfico. Bob se cuidaba de vigilar, procurando descubrir si eran seguidos.

—Ya puedes dirigirte al lugar donde nos espera George —dijo Bob.

—¿Estás seguro de no haber traído a nadie tras nosotros?

—Por completo.

Cuando detuvo el automóvil en un lugar solitario, comentó con viva satisfacción:

—No me he portado mal, ¿verdad, Bob?

—Como un verdadero maestro. Yo no lo habría hecho mejor.

Peter sonrió complacido, halagado por la calurosa contestación del muchacho.

—Lograremos demostrar la inocencia de George.

—Naturalmente. Mi jefe es muy hábil y decidido.

Y Bob le guiñó un ojo.

Peter consultó su reloj, comentando con sencillez:

—Aún faltan diez minutos para reunirnos con George. Es preferible que nos espere él, nosotros, con ese bulto, llamaremos la atención.

El joven les estaba esperando, sentado tranquilamente. Bob no se sorprendió al verle impasible, seguro de sí mismo. De haberle encontrado inquieto y receloso, habría quedado desconcertado y las vacilaciones se hubieran apoderado de él, no estando ya convencido de poder salir airosos de aquella apurada situación.

Le dio una cariñosa palmada en la espalda, procurando demostrar naturalidad. George le correspondió con afecto. Examinó, de un vistazo sus trajes y los zapatos, asintiendo:

—No habría elegido mejor. Siempre he confiado en ti, Bob.

—Pues Peter se ha portado muy bien. Nadie ha podido seguirnos; si alguien lo ha intentado, ha quedado burlado.

—Ahora viene lo más difícil.

—Lo resolveremos.

—No lo afirmes de forma tan rotunda, chico. El criminal posee una extraordinaria inteligencia. Todo ha sido cuidadosamente medido y llevado a la práctica, con el más completo éxito. No sé si tenía en cuenta la posibilidad de mi huida, pero tanto si es así como si no, hará cuanto esté a su alcance para facilitar al inspector Maloney mi captura. Hasta podría ser probable que deseara facilitar el trabajo a la justicia, entregándole mi cadáver.

—¿Se atreverá a intentarlo? —inquirió Peter.

—Estoy convencido de ello. Me coloco en su lugar, no teniendo otra

solución. Estando en libertad, soy un peligro para él.

—Debe creerse completamente seguro.

—No, Peter. Conozco a Bernard Nicholson, y me agradaría poder interrogarle, con la intención de obligarle a decir cuanto sabe de este crimen.

—Es cierto, no había caído en ello.

—Él, sí. Un hombre capaz de planear un crimen casi perfecto, no deja cabos sueltos. Quizá no pensó en la posibilidad de mi huida y esto le tendrá furioso.

—¿Dónde estará ese Bernard Nicholson?

—Eso tratará de averiguarlo Bob mañana. Tú procúrame un alojamiento seguro en la zona que te he indicado antes.

—No te preocupes. No tendrás motivos de quejas contra mí. ¿Qué más debo hacer?

—Nada más, Peter. Ya has hecho mucho por mí.

—No digas eso. Tu seguridad me preocupa tanto como la mía.

—Lo sé —George sentíase emocionado por las pruebas de afecto de sus amigos, pero cuando habló, lo hizo con rudeza:

—Mañana nos encontraremos a las ocho de la tarde en este mismo lugar. Buenas noches.

Y se alejó, llevándose el bulto.

Peter y Bob se miraron en silencio, después se encaminaron hacia el coche.

George no tuvo necesidad de llamar, abriéndole la puerta Clara. La joven había permanecido al acecho, esperándole. Poco antes hablaron, comprendiendo el joven que aquel era el único lugar donde podría cambiarse de ropa y dejar cuanto le sobrase.

—¿Todo ha ido bien, George? —susurró Clara una vez cerró la puerta.

—Sí, mis amigos me ayudarán.

Y contuvo el impulso de acariciar la tersa mejilla de la joven. Joe Landi ya se encontraba a su lado, sus ojos brillaban de excitación.

—Clara le preparará un lecho, muchacho.

—No, no. Me cambiaré de ropa y me marcharé. Regresaré por la mañana y entonces aceptaré su oferta. Mañana ya tendré un alojamiento seguro.

—¿No lo es este? —preguntó Joe dolorido.

—Sí. Pero en el otro podré entrar y salir sin llamar la atención. Es más conveniente. No debe ofenderse.

—George lleva razón, papá. Él sabe bien lo que le conviene.

El joven pasó a una habitación y se cambió de ropa. Ahora ya tendría más posibilidades de burlar la vigilancia de los policías. El traje era distinto por completo, variando su aspecto. Con esto no creía encontrarse en completa impunidad, pero sí con mayor libertad de acción.

Entregó a Clara sus trajes y la muchacha los colocó en un armario, ocultándolos hábilmente. Tampoco ella deseaba dejar nada al azar, ya que el menor descuido podía colocar a George en una situación desesperada.

Una vez hubo estrechado la mano de George, Joe Landi se retiró discretamente, dejando solos a los dos jóvenes. George la abrazó con fuerza contra su pecho.

—Cuando esta pesadilla haya terminado, ¿te casarás conmigo?

—Soy una chica sencilla, George. Tú eres un abogado de mucho porvenir, mi padre me lo ha dicho.

—Qué importa eso si nos queremos.

—¿Estás seguro?

Él la miró sorprendido.

—Sí.

—¿No será agradecimiento por haberte ayudado?

—Nada de eso. Jamás había sentido nada parecido cuando te tengo entre mis brazos.

—Debes...

La muchacha no pudo continuar hablando. Los labios de George se lo impidieron. Se sobresaltaron al oír la voz de Landi:

—¿Se ha ido ya George?

—No, me marchó ahora. Hasta la vista, Joe —bajó la voz—. Perdóname, Clara, pero he lanzado una maldición contra tu padre.

Ella le acarició con suavidad la mejilla.

—Yo también, Dios me perdone. Ten cuidado, cariño.

Cuando llegó a la calle, George respiró con avidez, andando con decisión. Pese a esto su desorientación era absoluta, no sabiendo adónde dirigirse. Carecía de indicio alguno para actuar con alguna posibilidad de éxito.

Pasó junto a dos guardias, sin mostrar el menor nerviosismo. Su presencia no despertó la menor curiosidad en los agentes. Esto fortaleció su confianza.

No tenía la menor sospecha de quién pudiese ser el asesino de Carolina Havillard. ¿Quién podía tener interés en matarla? No acertaba a responder a esta pregunta.

De pronto acudió a su mente el recuerdo de Larry Thacker. Sus palabras, al encontrarse en el club nocturno, sonaron en sus oídos, creyendo encontrar en ellas, ahora, un oculto significado. Esto le hizo decidirse; conocía los lugares frecuentados por aquel indeseable individuo, y quería cerciorarse de sus movimientos.

No le creía lo suficiente hábil para preparar un crimen tan ingenioso. Sin embargo, no quiso perder aquella probable pista. No tardó en encontrarse ante la brillante fachada del club, entrando con naturalidad.

Procuró mantenerse lo más oculto posible, aunque sin extremar la nota.

De exagerarla también podía atraer las sospechas de alguien, y este estar relacionado con la Ley.

Se colocó en un lado de la barra, saboreando un doble *whisky*, fumando y observando cuanto ocurría a su alrededor. Aquel lugar le era familiar, pues estuvo muchas veces allí; sin embargo, ahora se le aparecía como si nunca lo hubiese frecuentado. Todo era distinto, cuando, en realidad, él era quien había cambiado.

—¡Hola, Moyer! Hacía mucho tiempo que no le veía.

Un hombre habíase detenido junto a él. Pese a ser muy temprano, ya se tambaleaba ligeramente. Le reconoció tan pronto le oyó, pues su mirada no se detuvo en él, atraída por dos mujeres de atractiva presencia.

—¿Cómo se encuentra, Gable? —respondió con indiferencia, mientras en su interior lo maldecía.

—Muy bien, en plena forma. Esta noche voy a divertirme.

—Nunca ha dejado de hacerlo.

—Solo se vive una vez, Moyer. Después...

Hizo chasquear los dedos significativamente, echándose a reír.

—Pues es necesario descansar. La diversión también entra en el caso, de lo contrario, la alegría resulta monótona.

—¿La alegría monotonía? —repitió muy intrigado; su cara había adoptado una expresión de perplejidad. Esta se desvaneció y soltó una carcajada—. Eso ha tenido gracia, amigo. Le invito a un *whisky*.

—Ya he bebido un doble.

—Una invitación nunca se rechaza y más si proviene de un amigo.

George crispó la mandíbula, estando tentado de enviar al infierno a aquel borracho. No lo hizo, una pequeña discusión atraería la atención hacia él, no conviniéndole en absoluto.

Con un esfuerzo logró sonreír.

—Acepto su invitación.

—¡Bravo, Moyer! No me ha defraudado, usted, es de los buenos. No pertenece a esos jóvenes de la actual generación, indolentes y medrosos. Se asustan en cuanto toman un par de tragos. No aguantan, y se derrumban con increíble facilidad.

—Deberían tomar ejemplo de usted.

—Sí, aunque esté mal decirlo, sé cómo se debe beber el *whisky*. No desperdicio una sola gota. Barman, dos *whiskys* dobles.

El *barman* les sirvió, mientras hacía un significativo gesto a George. Le indicaba la imposibilidad de evitar la embriaguez de Gable. Se trataba de un cliente pertinaz y su presencia resultaba a todos familiar.

Gable charlaba alegremente. George estaba furioso, pues cuando su más ferviente deseo era pasar desapercibido, aquel insufrible sujeto se obstinaba en continuar a su lado.

La monótona charla de Gable empezaba a cansarle, sintiéndose

abrumado. Sin embargo, debía soportarlo. No resultaba conveniente obligarle a alejarse con dureza. Lo conseguiría, pero muchas personas se fijarían en él. Y esto no le convenía.

La mirada de Gable brilló, al fijarla en un hombre de corta estatura, vestido con cierta originalidad, que resultaba estrafalaria.

—¡Fred, mi querido Fred! —gritó alborozado.

—No grites tanto, Gable, ya te he oído.

—Estoy muy contento de verte. ¿Cuándo fue la última vez que hemos estado juntos?

—Anoche.

—¿De veras?

—No irás a dudar de mi palabra.

—No, no —se bebió de un trago el contenido del vaso—. Esta noche también la pasaremos juntos. Lamento tener que dejarle, Moyer, pero tengo el deber de acompañar a mi amigo Fred. Sin mí no puede divertirse.

Notó un inmenso alivio y asintió:

—Vaya con él, Gable. A un amigo no se le debe dejar solo y más cuando nos necesita.

—Es usted muy comprensible. Hasta la vista.

Y esbozó una sonrisa al ver alejarse a los dos individuos. Los conocía bastante bien, eran inofensivos.

Cinco minutos más tarde vio la corpulenta figura de Larry Thacker. Vestía con su habitual ostentuosidad. Se detuvo a escasa distancia de él y extrajo un llamativo encendedor. Una vez hizo brotar la llama, aproximó esta a su cigarrillo. Exhaló el humo y en aquel momento su mirada se posó en George Moyer.

El joven creyó percibir en los ojos azules de aquel hombre un extraño brillo, como si contuviese una mezcla de asombro y temor. Pero solo fue un instante, inmediatamente esta expresión se desvaneció.

Ahora le miraba con naturalidad y sonreía.

—¿Cómo se encuentra, Moyer?

—Muy bien, Thacker.

—Le encuentro algo extraño, como si su regreso a Nueva Orleans no le hubiese sentado bien.

—Me hallo perfectamente.

—Se olvida vestirse de forma adecuada. Ustedes, los hombres de negocios, no dan importancia a estas cosas, pero siempre debe vestirse con la mayor elegancia. A las mujeres les gusta y es necesario hacer cuanto ellas desean.

—No soy un hombre de negocios, Thacker.

—¿Acaso no es usted abogado?

—Sí.

—Pues es un hombre de negocios. Defiende a sus clientes con la mayor

eficacia posible, ¿no es cierto?

—Sí.

—Estos pagan sus honorarios. Para mí, de todo cuanto se obtiene dinero, es negocio.

—Un punto de vista muy particular.

—Sí, me gusta ser original. Aunque cada vez resulta más difícil serlo.

¿Ha vuelto a ver a Carolina Havillard?

Esta pregunta la hizo de improviso, como si tratase de sorprender a su interlocutor. No ocurrió así, George permaneció indiferente, limitándose a esbozar una sonrisa.

—La vi poco después de verle a usted la otra noche.

—¿Habló con ella?

—No, me limité a saludarla.

—Un secreto entre usted y yo... Carolina Havillard siempre me ha gustado, usted era un obstáculo entre ella y yo. Me alegro que ya no exista.

—Nuestras relaciones quedaron rotas.

—Lo lamento por usted y me alegro por mí.

Y se alejó tras hacerle un ademán de despedida.

No dejó de mirarle hasta verle mezclarse con otros clientes del club. La presencia de aquel individuo siempre le fue desagradable, pero ahora le producía un extraño desasosiego. Si su sospecha era cierta, poseía un enorme cinismo.

Vio a un hombre cerca de él. Lo reconoció, se trataba de un agente del F. B. I., al que había tratado hacía unos meses. Aparentando la mayor naturalidad, procuró no ser visto. Cuando tuvo la seguridad de haberlo conseguido, se apresuró a salir del local.

Se apostó en un discreto lugar, viendo desde él la puerta del club nocturno. Quizá Larry Thacker tardase mucho en salir, pero él no tenía prisa alguna. Prefería más estar en la calle, que en el lujoso club, donde podía ser descubierto por algún policía.

De volver a encontrarse en las garras del inspector Maloney, le sería imposible escapar. En esta ocasión tomaría mayores precauciones. En forma alguna deseaba hacer la prueba.

Perdió la noción del tiempo. Se sumió en sus pensamientos, aunque sin perder de vista la puerta del club. Si Larry Thacker tenía su coche aparcado cerca, su vigilancia habría sido inútil. Se encogió de hombros, de alguna forma debería pasar la noche, y más careciendo de objetivo.

CAPÍTULO VII

Cuando despertó ya era mediada la tarde.

Miró a su alrededor sorprendido, recordando encontrarse en la habitación de Joe Landi. Trató de rechazar la proposición de Clara y no le fue posible. La muchacha insistió en que se acostase en el lecho de su padre y el propio Joe la secundó. Clara se apresuró a cambiar la ropa de la cama.

Había tenido suerte con encontrar en su camino a Clara y su padre. Ambos le ayudaban con el mayor desinterés, habiendo creído en su relato, a pesar de su inverosimilitud.

Sus horas de vigilancia, acechando la salida de Larry Thacker, fueron, parcialmente, un fracaso. Este se dirigió directamente a su domicilio, se hallaba cerca y por ello no usó su automóvil. Tan solo consiguió esto, conocer dónde vivía, pudiendo encontrarle cuando lo creyese conveniente.

Se aseó y vistió, esperando con impaciencia el regreso de sus nuevos y buenos amigos. ¿Tan solo buenos amigos? No, Clara era mucho más. Constituía lo más importante de su vida. Tan solo deseaba demostrar su inocencia y poder tener a la muchacha a su lado, para toda la vida.

Fue Joe Landi el primero en llegar, saludando con afectuosidad. A la muda pregunta de este, respondió:

—No, los periódicos continúan sin llevar información alguna del asesinato de Carolina Havillard. No tengo ninguna duda, el inspector Maloney ha tendido sus redes, esperando que caigas en ella. Pero no lo conseguirá, le burlaremos.

—Se está colocando fuera de la Ley, Joe.

Este se quedó pensativo, después levantó la cabeza.

—Es cierto, no me había dado cuenta de ello. Aunque no importa, estoy defendiendo una causa justa.

No pudo menos de sonreír George ante el entusiasmo mostrado por aquel hombre. Apenas le conocía y no vacilaba en adoptar una decisión arriesgada. En el caso de ser encontrado en aquella casa, el inspector Maloney le exigiría una explicación convincente, de lo contrario no vacilaría en detenerle, acusado de complicidad en un asesinato.

Prosiguieron charlando hasta la llegada de Clara. La muchacha conversó con George con naturalidad. Tan solo a veces, en sus miradas, se notaba el amor nacido, casi de súbito, en su juvenil corazón.

Preparó la cena para George, comiendo este con excelente apetito. Al parecer, su desesperada situación no le afectaba, pues su aspecto era

excelente, no dando muestra alguna de desasosiego.

Decidió marcharse, pues estaba impaciente por volver a ver a sus amigos, para actuar con su acostumbrada energía. Nada crispaba tanto sus nervios como permanecer inactivo, dejando la iniciativa a sus enemigos.

Como ya era su costumbre, Joe se despidió con un fuerte apretón de manos, deseándole suerte, después se marchó a la salita, dejándole en el recibidor con Clara.

—No sé cuándo volveremos a vernos, Clara.

—Eso no importa, la cuestión es que consigas descubrir la verdad.

—¿No te importa no volverme a ver? Estaba convencido de que mi amor era correspondido.

—He estado pensando en ello, y tú no me quieres.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa?

—Soy una chica insignificante para ti.

—No digas eso, Clara. Me lastimas con esas palabras.

—Todavía quieres a Carolina.

George la miró sorprendido, no esperando semejante contestación. Entonces lo comprendió todo, la muchacha sentíase celosa de su antigua novia, a pesar de no existir ya.

—En realidad nunca la quise, tan solo me sentí atraído por su belleza.

—¿Era muy guapa?

—Sí, y de una gran distinción. Una mujer de gran mundo, viviendo tan solo para satisfacer sus caprichos.

—Tú fuiste uno de ellos.

—Probablemente. Pero entre nosotros jamás existió nada, éramos muy distintos. Entre Carolina y yo mediaba un profundo abismo, imposible de franquear.

Clara se le abrazó con fuerza.

—Quisiera creerte, George.

—Puedes hacerlo sin ningún temor. Nunca te defraudaré.

Y la besó con pasión, marchándose seguidamente. Debía hacerlo así, aunque le faltara valor para hacerlo.

Llegó a la plazoleta, dejándose caer en el mismo banco de la tarde anterior. Miró su reloj y faltaban cinco minutos para las ocho. Se colocó un cigarrillo entre los labios y lo encendió, antes de haberse consumido sus amigos ya estarían a su lado.

Tenía suerte, mucha suerte al contar con ellos. Se trataba de una gran ayuda, tanto física como moral. De encontrarse solo, quizá la desesperación le dominaría, no importándole ya caer en las manos del inspector Maloney.

Dos hombres aparecieron en la plaza. George continuó sentado, al reconocer a Peter y Bob. Sus amigos le saludaron con afecto, y tras los primeros instantes de alborozo, Peter le entregó un llavero.

—La llave de tu nuevo piso, George.

—¿Te ha costado mucho conseguirlo?

—En absoluto. He tenido suerte. En el número veintitrés de la calle indicada por ti existía este piso desocupado. Me he limitado a hacer una oferta, no encontrando la menor dificultad. Al contrario, todo han sido facilidades. Puedes disponer de ese piso durante dos meses.

—Mucho tiempo, Peter. Confío haber solucionado antes este asunto.

—Desde luego, si no fuese así, temo acabar con los nervios destrozados.

—Y tú presumes de no dar importancia a nada.

—Hay mucho en juego en esta aventura, George. Tu propia vida.

Bob escuchaba silencioso. El joven le dio una afectuosa palmada.

—¿Has cumplido mi encargo?

—Sí, aquí está la dirección de Bernard Nicholson. Se trata de un individuo de pésimos antecedentes. No se le conoce ningún empleo y vive desahogadamente, pues gasta bastante dinero. Vive solo en el piso.

—Muy bien, Bob. ¿Has intentado seguirle?

—No. En forma alguna he querido ponerle sobre aviso. Solo me he informado de cuanto se relaciona con él. Es un tipo peligroso.

El abogado se pasó la mano por la cabeza.

—Lo sé por propia experiencia. Ahora recibirá mi visita, tengo la seguridad de no resultarle agradable.

—El primer puñetazo en el mentón, George —aconsejó Bob sonriendo—. Es muy eficaz. Probablemente no le quedará aliento para defenderse. La sorpresa es un factor decisivo. Y cuidado, Nicholson acostumbra a ir armado.

—Ya le derribé en una ocasión y confío en volver a hacerlo. No me inspira ningún cuidado.

—¿Te acompaño, George? —se ofreció Peter de improviso.

—No es necesario.

—Continúas sin fiarte de mí.

—No es eso. Un hombre solo se desenvuelve mejor. ¿No es cierto, Bob?

—Sí, Peter. Por ese motivo no he insistido en acompañarle. Cada uno se debe a su misión, de esta forma conseguiremos un resultado sorprendente.

—Me habéis convencido. ¿Qué debo hacer esta noche y mañana?

—Esta noche límitate a divertirme, eso lo haces muy bien. Mañana me visitas por la tarde y charlaremos largo y tendido.

—De acuerdo —asintió Peter encogiéndose de hombros.

—Tú haz lo mismo, Bob.

—Bien, seguiré tus instrucciones al pie de la letra. Se me olvidaba, esta mañana he recibido la visita del inspector Maloney. Me ha hecho varias preguntas, interesándose por tu paradero, aunque todo de forma ambigua. Me ha rogado que mañana a las diez pase por su despacho.

—¿Piensas acudir?

—Desde luego, si no lo hiciera confirmaría sus sospechas. Entonces tendría la seguridad de que conozco tu paradero y todo lo sucedido.

—Sí, es lo mejor. Eres muy inteligente.

—Todo lo he aprendido de ti.

En esta ocasión, los primeros en marcharse fueron Peter y Bob. El joven continuó sentado, sumido en sus pensamientos. En la mano tenía el papel donde estaba anotado el domicilio de Bernard Nicholson. Dentro de una hora sería el momento más propicio para hacerle una visita.

Notaba en el interior de su ser una viva excitación. Al fin iba a poder actuar, tratando de contrarrestar las maniobras del vil y astuto asesino.

Se levantó y echó a andar, no tardando en mezclarse con numerosos transeúntes. No llamaba la atención, su aspecto no se distinguía entre la multitud.

Ya no le importaba cruzar ante un agente, no teniendo temor de soportar su escrutadora mirada. Sentíase dueño de sí, sin saber exactamente el motivo. Sin apresurarse, con paso firme, llegó ante el portal de la casa donde vivía Nicholson, entrando resueltamente.

Subió los peldaños con absoluta tranquilidad, habiendo decidido cuál sería su actuación. Llamaría a la puerta, y esperaría a que fuese abierta. Tan pronto Nicholson lo hiciese, se arrojaría contra él y golpearía a aquel indeseable con potencia. Quedaba el inconveniente de la posible desconfianza de Nicholson, procurando conocer la identidad de su visitante antes de descorrer el cerrojo de la puerta.

Esto era muy probable, debido a la actual situación. De ocurrir, debería apelar a toda su astucia para conseguir su objetivo. Pensando en este inconveniente se detuvo ante la puerta. El rellano estaba alumbrado tenuemente por una pequeña bombilla. George observó con detención cuanto le rodeaba.

Al frente de la terminación del tramo de peldaños, se hallaba una puerta. Al lado, la del apartamento de Nicholson y al fondo otra puerta. Esta quedaba algo hundida.

Avanzó con decisión, disponiéndose a golpear en la puerta, en lugar de usar el timbre. Nicholson quizá se confiase, pudiéndole sorprender. Desde luego, no se colocaría delante de la mirilla, pues su enemigo le reconocería inmediatamente. Si esto ocurría se ocultaría en el hueco de la tercera puerta. Al no ver a nadie, Nicholson se asomaría al rellano, y sería la ocasión propicia para atacarle por sorpresa.

Siempre le gustaba dar una oportunidad a sus enemigos para defenderse, pero en esta ocasión no lo haría. Estaba en juego su propia vida y la impunidad del asesino de Carolina Havillard.

Apoyó la mano en la puerta, disponiéndose a golpear sobre ella.

Quedó sorprendido al notar cómo esta cedía a la presión de su mano. Durante breves momentos permaneció indeciso sobre cuál debía ser su

actuación. En aquel endiablado asunto encontraba todas las puertas abiertas, como si alguien deseara facilitarle la entrada.

Podía ser víctima de otra trampa. Su enemigo era muy hábil, teniendo un gran interés en buscar su perdición. Debía moverse con cautela y en forma alguna debía quedar a merced del asesino, pues de ocurrir esto ya no podría escapar.

Decidió arriesgarse, empujó la puerta y esta cedió por completo, encontrándose en un pequeño y oscuro recibidor. Entró y se colocó en un lado, volviendo a entornar la puerta. Tras esta no había nadie, con la intención de golpearle.

Una vez tranquilizado respecto a este punto, se dirigió hacia el interior del piso, sin abandonar sus precauciones. Se hallaba dispuesto a luchar, sin temer el ser atacado por un enemigo superior en número.

Vio luz bajo una puerta. Esto le sorprendió, pues no respondía a lo visto, hasta entonces, en el apartamento de Nicholson. Se acercó, procurando no hacer ruido, hasta aplicar la oreja en la madera.

Quizá Nicholson se dejó la puerta abierta, aunque se trataba de un descuido imperdonable en su actual situación. Si fuese cierto, le facilitaría enormemente su tarea, pudiendo apoderarse de él sin la menor dificultad.

No oyó ruido. En la estancia, como en el resto del apartamento, reinaba un silencio absoluto, dando la impresión de no haber nadie. La luz encendida lo contradecía. Nicholson podía estar leyendo, esto parecía ser lo más probable, dadas aquellas extrañas circunstancias.

Se decidió y abrió la puerta. Se quedó inmóvil, con la mirada fija en el cuerpo de un hombre. Este yacía de bruces, divisándose en su espalda el mango de un cuchillo. A su alrededor había extendido un charco de sangre.



Un hombre estaba tendido de bruces...

No necesitaba verle la cara para reconocer a Bernard Nicholson.

Le invadió una terrible angustia, teniendo la sensación de estar rodeado de una niebla impenetrable. Y la niebla le envolvía, como si intentase aprisionarle los miembros, impidiéndole todo movimiento. Reaccionó con brusquedad.

Llegó junto al cadáver, no sin haber mirado antes a su alrededor. De improviso podía surgir alguien, golpeándole en la cabeza y dejándole en poder de la policía. El inspector Maloney no le dejaría escapar en esta ocasión, siendo ajusticiado al no poder demostrar su inocencia.

Procurando no tocar el cuerpo inerte de Nicholson, lo examinó. Sí, estaba muerto. La expresión de su rostro lo indicaba con harta elocuencia. Sus ojos estaban abiertos, fijos en la pared, mostrando una enorme sorpresa y dolor. Al parecer se encontraba confiado al recibir la terrible y mortal cuchillada.

Con rapidez lo registró, con ayuda de su pañuelo. Procuraba no dejar huellas digitales, pues constituirían un prueba abrumadora para él, en el caso de ser detenido.

Se apoderó de su cartera y se enderezó, no habiendo encontrado en ningún bolsillo ningún objeto interesante. Examinó la estancia, no observando desorden alguno. Esto confirmó su idea de que Nicholson conversaba tranquilamente con su asesino, al ser muerto, sin tener la menor sospecha.

El asesino había logrado destruir el único indicio dejado en su crimen. Ya no existía nada que pudiera descubrir su personalidad.

George salió de la estancia, sin intentar apagar la luz. Deseaba dejarlo todo como lo encontró. Quizá el inspector Maloney llegase a su misma conclusión y lograra hallar un indicio revelador de la verdad.

Deseaba examinar todo el piso. Donde menos lo esperase podía surgir la revelación de aquel misterio.

No llegó a realizar su propósito, pues en aquel momento oyó numerosos pasos. Estos subían precipitadamente la escalera. Se movió con la mayor rapidez, sin la menor vacilación.

Tenía la seguridad de que pertenecían a la policía aquellos pasos. Alguien habría denunciado el crimen cometido, probablemente el propio asesino. Quizá le vio entrar en la casa, creyendo sería el momento propicio de desembarazarse de él definitivamente.

Salió del piso y se asomó cautelosamente por la barandilla. Tres hombres subían aprisa. No se equivocó en su presentimiento, se trataba de la policía. Acababa de reconocer al inspector Maloney en el hombre que iba delante.

Su primer impulso fue ocultarse en el hueco formado por la tercera puerta, pero inmediatamente lo desechó. De hacerlo podía ser descubierto con facilidad por los agentes. Y aunque no fuese así, el descubrimiento del cadáver de Nicholson produciría algún alboroto, despertando la curiosidad de los vecinos. De ocurrir así, se abriría la tercera puerta, produciéndose la alarma.

Con rapidez, y sin hacer ruido, ascendió al piso superior, vigilando la marcha de los policías. Al llegar al sitio, el inspector Maloney se detenía

ante la puerta. La señaló, mientras decía:

—Es aquí. Al parecer nuestro informador no nos ha engañado. Tener cuidado, la puerta está abierta, si el asesino está dentro no se debe escapar.

Y con decisión terminó de abrir la puerta y entró resueltamente. George no pudo menos de admirar su valentía, pues sus movimientos fueron firmes y seguros, no dejando entrever el menor temor. Y tenía motivos para sospechar que podría encontrarse con un peligroso asesino.

No se equivocó en sus suposiciones. Maloney tan solo había cometido un error, haber subido con demasiada rapidez, produciendo demasiado ruido. Esto logró ponerle sobre aviso, de lo contrario habría sido sorprendido.

Las dos puertas se abrieron, apareciendo los vecinos. De haberse ocultado, como pensó en un principio, en el hueco de la tercera puerta, ahora estaría descubierto, no pudiendo escapar.

Un policía trató de restablecer el orden.

—No ocurre nada, hagan el favor de entrar en sus casas.

—¿Quién es usted para ordenarlo? —respondió un individuo corpulento.

—Policía, señor. Obedezcan.

Y el agente le mostró su credencial. El hombre ya no trató de insistir, entrando en su piso, aunque con manifiesto pesar. Hubiese deseado enterarse de lo ocurrido, la presencia de la policía indicaba algo anormal.

George permaneció inmóvil en el último tramo. De ser descubierta su presencia, procuraría huir por el tejado, aunque aquella perspectiva no le fuese muy agradable.

El tiempo transcurrió con exasperante lentitud. Sus nervios estaban en continua tensión, pues los agentes salieron varias veces del apartamento de Bernard Nicholson, probablemente cumpliendo las instrucciones del inspector.

Varios individuos llegaron, seguramente el forense y los fotógrafos, aparte los peritos en huellas digitales.

Al fin vio salir al inspector Maloney. Tenía un aspecto sosegado, como si no estuviese preocupado por el descubrimiento del cadáver de Nicholson. Aquel hombre poseía un gran dominio sobre sus nervios.

Todavía permaneció más de una hora en su provisional observatorio, hasta decidirse a abandonarlo. Descendió los peldaños con cautela, temiendo ver abrirse, de súbito, alguna puerta y ser descubierto. Los policías se impusieron, logrando mantener a los vecinos en sus domicilios.

Ya se encontraba cerca de la puerta de la calle. Ahora llegaba el momento decisivo, no titubeando en franquearla. Sus nervios estaban en tensión, presto a echar a correr en cuanto viese a los agentes arrojarle sobre él.

Esto no ocurrió, y pudo alejarse tranquilamente, sin despertar la menor

sospecha.

Se encontraba anonadado. Su única esperanza de llegar a descubrir al asesino de Carolina se había desvanecido. Ya no contaba con ningún indicio, debiendo pensar con más seriedad sobre su porvenir. Quizá debiese huir, salir cuanto antes de Nueva Orleans. Tan solo de esa forma evitaría sentarse en la silla eléctrica.

Esta perspectiva le hacía poner la carne de gallina.

Pero prefería arrostrar este terrible riesgo a que su nombre quedase manchado por el estigma de asesino. Además, Carolina debía ser vengada, su muerte no podía quedar impune.

Seguiría la lucha, aunque le quedasen pocas posibilidades de vencer. Su indómito espíritu no se inclinaría ante las contrariedades, al contrario, le serviría de estímulo para hacer frente al misterioso y astuto asesino.

Había adivinado sus intenciones. En realidad era fácil de deducir. Nicholson le golpeó cuando se hallaba inclinado sobre el cadáver de Carolina Havillard. Si él hubiese continuado detenido, todo hubiera seguido su curso normal. Pero al huir, los planes del asesino sufrieron una terrible conmoción.

Bernard Nicholson quedaba como una pista, pudiendo ser seguida por George. La forma más práctica de hacerla desaparecer era matar a su cómplice. Este, al ser invadido por la frialdad de la muerte, ya no podría hacer revelación alguna.

Anduvo con lentitud, mientras aspiraba el aroma del tabaco con fruición. Llevaba mucho tiempo sin fumar, notando un gran alivio en su sistema nervioso.

Se detuvo ante la casa donde Peter alquiló su nuevo apartamento, entrando con decisión. Se encontró en el tercer piso, examinando la puerta de este. No debía preocuparse por nada, pues Peter se cuidó de que no faltara cualquier objeto necesario.

Había dos puertas por rellano. No se detuvo, siguiendo hacia arriba, hasta llegar al tejado. Entró en él y sonrió complacido. Le separaba, del inmediato una pequeña pared, pudiendo saltarla sin peligro alguno. En el caso probable de ser sorprendido, podría huir por los tejados.

CAPÍTULO VIII

Examinó su nuevo alojamiento, quedando complacido. No era lujoso, pero daba la sensación de ser cómodo y confortable. Peter sabía hacer las cosas bien. Ademán, por ayudarle era capaz de cualquier sacrificio.

Introdujo su mano en un bolsillo, sus dedos tropezaron con un objeto y sonrió. Se trataba de la cartera perteneciente a Bernard Nicholson.

Encontró ochenta dólares, guardándoselos despreocupadamente en un bolsillo. Le dio la impresión de haber obtenido un botín de guerra. Algunos documentos, acreditativos de la personalidad de Nicholson, pero nada interesante.

Iba a dejar la cartera en el cajón de la mesita de noche, cuando vio algunas tarjetas. Las miró despreocupadamente, sin darles excesiva importancia. De improviso sus cejas se arquearon, pues acababa de leer en una de ellas el nombre de Larry Thacker.

Sus pupilas brillaron. Si Nicholson tenía relaciones con Thacker, esto podía ser muy significativo, aunque también carecer de importancia. Estas relaciones podían quedar al margen del asesinato de Carolina Havillard.

No obstante, estaba decidido a seguir aquella pista. Thacker se constituía en su única esperanza de librarse de aquella opresora situación. De fracasar, tan solo habría perdido el tiempo, aunque este fuese precioso para él.

Se decidió, volviendo a salir. No debía perder tiempo, pues podía serle precioso. Se encaminó hacia el club nocturno, con la esperanza de encontrar a Thacker.

Sí, actuaría con decisión, sin andar con miramiento alguno. No se entretuvo al entrar, mirando con detención hacia la sala, tratando de descubrir la maciza y elegante figura de Larry Thacker. No tardó en verle, haciendo un gesto de contrariedad.

Thacker se encontraba sentado ante una mesa, acompañado de tres personas, un hombre y dos mujeres. Estas eran bellas y llamativas. Hubiera preferido verle solo y habría sido más fácil abordarle. Pero carecía de importancia, no se le escaparía.

Se dirigió directamente hacia la mesa. Thacker continuó sonriendo al verle, pero sus labios temblaban ligeramente. George lo advirtió, sintiéndose complacido. Aquel hombre le temía.

—Buenas noches, Thacker —saludó, mientras hacia una ligera inclinación a las dos mujeres.

Del hombre no se preocupó, viéndole enrojecer. Thacker cesó de sonreír

al responderle:

—Me alegro de volverle a ver, Moyer.

—Quisiera hablarle.

—¿Ahora?

—Sí. Lamento tener que molestarle, aunque quizá solo sea un momento.

¿Me acompaña?

—¿Por qué no lo deja para mañana?

—Es muy urgente.

—Para usted, no para mí.

—Levántese, Thacker. La noche ha empezado ahora, tendrá tiempo sobrado para divertirse.

—No le encuentro la gracia, Moyer.

El tono de Thacker denotaba sentirse exasperado.

George se inclinó sobre él, musitando con dureza:

—No he querido ser gracioso.

—No me gusta su tono.

—Soy capaz de disparar sobre usted si no me acompaña.

Había metido una mano significativamente en un bolsillo de su americana. Su gesto solo podía ser visto por Thacker. Este apretó los labios con fuerza, pero se levantó despacio. Divisó en la mirada del joven la firme decisión de cumplir su amenaza.

—Le acompaño.

—Ustedes perdonen, señoritas. El señor Thacker regresará enseguida. Buenas noches.

Thacker no tardó en llegar junto a la barra, seguido de George. Tenía la seguridad de no haberle perdido de vista, temiendo oír de un instante a otro el sonido de un disparo, notando en su cuerpo la mordedura del plomo.

—No se detenga.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Thacker sorprendido.

—Vamos a salir a la calle.

—¡Se ha vuelto loco!

—Es posible. Pero deseo charlar detenidamente con usted.

—¿Acerca de Carolina Havillard?

Sintióse tentado de golpearle, debido a su tono sarcástico.

—No, no, se trata de otro hecho más reciente. Es muy interesante para usted.

—Dígamelo aquí. No hay necesidad de salir del local.

—Opino lo contrario.

Los dedos del joven se clavaron en el brazo de Thacker. Este era fuerte, aunque se vio obligado a hacer una mueca de dolor. Tuvo la sensación de ser apretado por unos garfios de acero.

—No me gusta su conducta, resulta absurda.

—Como continúe obstinándose en no obedecerme, dispararé. Puede tener la seguridad de ello.

—¿Qué se propone?

—Tan solo conversar unos minutos con usted. Quiero llegar a un perfecto entendimiento.

Thacker se encogió de hombros.

—Como usted quiera.

Y salió del club, seguido de George. El joven sentíase satisfecho por haberle engañado. Thacker creyó que tenía una pistola en un bolsillo. De haber tenido la seguridad de lo contrario, se habría resistido a salir a la calle, aun corriendo el riesgo de provocar un escándalo.

Ahora le cogió del brazo, adoptando una postura claramente amenazadora. Thacker le observaba de reojo y se humedeció los labios antes de hablar:

—No comprendo lo que se propone. Su conducta es muy extraña.

—¿Tiene su coche aparcado por aquí? —preguntó el joven a guisa de respuesta.

—No. No lo necesito, vivo aquí cerca.

No mentía, George tenía la seguridad de ello.

El joven continuó avanzando hasta detenerse en una calleja solitaria.

—Ahora hablaremos tranquilamente.

—Acabe de una vez, estoy deseando regresar. Me espera una mujer muy bella.

—Puede continuar esperando, hasta, es probable encuentre una agradable compañía.

—No tolero los insultos, Moyer.

—Temo se vea obligado a tolerar muchas cosas. ¿Conoce usted a Bernard Nicholson?

—Sí, ya hace años.

La aguda mirada del joven notó cómo el cuerpo de Thacker era sacudido por un estremecimiento.

—Ya no volverá a verle.

—¿Qué quiere decir?

—Hace un rato me he encontrado con su cadáver. En su espalda tenía un cuchillo clavado hasta el mango.

—¿Ha sido asesinado?

—¿A usted qué le parece?

El rostro de Thacker era impenetrable, y se encogió de hombros.

—En realidad no es de extrañar. Bernard Nicholson llevaba una vida muy agitada, le gustaba jugar con el peligro. Ha perdido, mala suerte para él. ¿Me ha sacado del club para decirme eso?

—No, quiero saber el nombre del asesino.

—¿No ha sido usted? —respondió Thacker con cinismo.

George ya no se pudo contener y con el dorso de la mano le golpeó en la boca. El rufián retrocedió un par de pasos, mientras mascullaba:

—Se aprovecha de la ventaja de estar amenazándome con una pistola.

Las dos manos del joven quedaron en el aire, agitándolas levemente.

—No tengo ningún arma. No acostumbro a usarlas, todo ha sido un ardid para obligarle a salir de su cubil.

Un rugido de rabia brotó de la garganta de Thacker, al comprender que había sido burlado por su enemigo. Se enderezó, mientras ensanchaba su poderoso tórax. Su mirada centelleó.

—Le va a costar caro haberse burlado de mí.

George le contemplaba tranquilo. Ya había contado con una pelea a puñetazo limpio. Lo prefería, pues de esta forma desahogaría todo su contenido furor.

—¿Quién ha matado a Nicholson?

—No lo sé. Le voy a destrozar, entregándole a la policía.

—¿De qué me acusará?

—Primero, de haberme amenazado, obligándome a salir del club. Después, del asesinato de Nicholson. Tengo la impresión de que le será muy difícil demostrar su inocencia.

—Su primera acusación, es absurda, no voy armado.

—Me lo ha hecho creer. Cuento con testigos.

—La policía va a reírse de su ingenuidad.

Thacker habíase acercado al joven con los puños cerrados, presto a golpear. Lanzó su derecha de improviso. George, atento a sus movimientos, echó el tronco hacia atrás. El golpe le alcanzó en pleno rostro, pero sus efectos quedaron muy aminorados.

Instantáneamente se arrojó hacia delante y un impecable directo se estrelló en la barbilla de Thacker, que se encontró sentado en el suelo, sacudiendo la cabeza completamente aturdido.

—Levántese, Thacker. Esto solo ha empezado.

—¡Váyase al infierno! —masculló dominado por la impotencia.

Se sabía fuerte y un experto luchador. Sin embargo, al recibir el primer golpe, se encontraba en el suelo. No fue una casualidad, el puñetazo le fue propinado con gran pericia y seguridad.

—Responda a mis preguntas. ¿Quién ha matado a Nicholson?

—No lo sé. Yo no he sido, déjeme tranquilo.

—Levántese.

Thacker obedeció, encontrándose bastante despejado. Miró al joven, viéndole erguido, seguro de sí. Estaba dispuesto a continuar golpeándole, esto le hizo reaccionar con violencia. No se sometería a aquel castigo, aún le quedaba una posibilidad de librarse de aquella terrible situación.

—Voy a gritar, Moyer.

—Hágalo y le encontrarán hecho un guiñapo —amenazó el joven.

Se trataba de la ocasión propicia. Thacker ya no vaciló, propinándole un puntapié al bajo vientre. Pero George saltó hacia atrás asiendo con habilidad el pie de Thacker. Con fuerte impulso le hizo caer al suelo. Thacker se revolvió, con una agilidad impropia de su corpulencia, arrojándose sobre George con la cabeza hacia delante, con la intención de destrozarle la cara.

El joven le detuvo con dos poderosos golpes, haciéndole sangrar por la nariz. Ya no se contuvo, su izquierda se incrustó en el estómago de Thacker, haciéndole doblar sobre sí mismo.

Le asió por la solapa, obligándole a mirarle.

—¿Quién ha matado a Nicholson? —preguntó inexorable.

Thacker jadeaba, dando la impresión de ir a desplomarse de un momento a otro. George se dejó engañar por aquella muestra de abatimiento. Tenía la seguridad de haber golpeado con dureza, acabando con las energías de aquel rufián.

Por esto no prestó excesiva atención al hecho de que Thacker apoyase las manos en su pecho. Este colocó un pie tras las piernas del joven y le dio un fuerte empujón derribándole aparatosamente.

No intentó aprovecharse de aquella ventaja para arrojarle sobre él y golpearle, desquitándose del castigo recibido. No creía conseguirlo, pues George Moyer era un adversario superior a él.

Sin titubear un solo momento emprendió veloz carrera hacia el club. George dejó escapar una maldición y se puso en pie, como si fuese impulsado por un poderoso resorte.

No obstante su ligereza en levantarse, Thacker ya le llevaba considerable ventaja. Le persiguió, sus poderosas zancadas empezaron a ganar terreno, confiando darle alcance antes de haber llegado al club. Cuando lo hubiese conseguido, proseguiría su implacable castigo, con la esperanza de arrancarle una confesión completa.

Al volver la cabeza, Thacker vio a su enemigo muy cerca, comprendiendo que iba a serle imposible llegar al club. Antes, George Moyer le habría dado alcance, para continuar golpeándole. Empezó a gritar desaforadamente, con la intención de atraer al vigilante.

—Ese canalla se me va a escapar —masculó George.

Se encontraba muy cerca de él, a punto de darle alcance, pero se detuvo al oír pitos y correr precipitado de pasos. Acudían en auxilio de Thacker, viéndose obligado a desistir de perseguirle, pues su situación podía convertirse en peligrosa.

Se alejó, perdiéndose en la oscuridad de la noche. Thacker se detuvo jadeante, mientras algunos hombres le rodeaban. Un agente fue quien le interrogó:

—¿Qué le ha ocurrido?

—Tres hombres me agredieron —mintió Thacker—. Me defendí como

me fue posible y logré huir. Trataban de robarme.

—¿Los ha reconocido?

—A uno de ellos, se llama George Moyer.

—Deberá acompañarme a la comisaría para formular la denuncia.

—Permítame beber un vaso de *whisky*, me recobraré de los golpes recibidos.

—No tengo ningún inconveniente, señor.

Poco después Larry Thacker entraba en la comisaría. Su declaración fue falseada, en parte. George Moyer le obligó a salir del club bajo la amenaza de una pistola. Una vez se encontraron en una calleja solitaria, aparecieron dos hombres y le golpearon. Logró escapar y pedir auxilio.

* * *

Bob Fullmer no se hallaba muy complacido con el desarrollo de los acontecimientos. Su jefe se encontraba en una peligrosa situación, debiendo permanecer cruzado de brazos. Su ayuda, hasta aquel momento, se podía considerar casi nula, no superando en nada a la prestada por Peter. Y él tenía una experiencia muy superior en casos análogos.

Tan solo consiguió la dirección de Bernard Nicholson. Esta fue toda su ayuda a George, exceptuando el haberle llevado los dos trajes y los zapatos.

Muy poca cosa en su haber, cuando hubiese deseado no descansar, tratando de descubrir la identidad del misterioso asesino. Cuanto hiciese por ayudar a su jefe y amigo lo consideraría poco, aunque su vida estuviese en peligro.

Todo cuanto había conseguido se lo debía a él, que fue su maestro. Y no solo deseaba ayudarle por agradecimiento, sino por amistad. Existían pocos hombres como él, tan noble y desinteresado. No vacilaba en defender una causa justa, aunque los honorarios fuesen escasos. Y jamás se encargaría de un caso turbio, aunque tuviese la certeza de obtener enormes beneficios.

Se dedicaba a su profesión con pasión, luchando por la justicia. Aborrecía la delincuencia y nunca la defendería.

Esto le hizo adquirir una gran popularidad, unido a su habilidad y perfecto conocimiento de las leyes. Hasta entonces no había conocido el fracaso. Sus ya numerosos clientes tenían una confianza ilimitada en él.

Tan pronto estuvo en la oficina, despachó los asuntos más urgentes. Su mirada se posó con expresión desconsolada en una cartera. Esta contenía los documentos de los casos más importantes, aplazados, y ya desconfiaba de verlos resueltos.

Miró su reloj y se levantó. Dio instrucciones a sus dos compañeros de trabajo y se marchó. Debía acudir a la cita del inspector Maloney. No estaba obligado a hacerlo, pero lo creía conveniente. De no ir, este

centraría aún más sus sospechas en él. Sus sabuesos ya no le perderían de vista, y ahora ya tenía la seguridad de ser seguido.

Debió esperar unos minutos antes de ser recibido por el inspector, pues le dijeron se encontraba atareado. Esto hizo aumentar su impaciencia, pues no le atraía, en absoluto, aquella entrevista. Maloney le sometería a un hábil y estrecho interrogatorio. Confiaba en su aplomo para salir airoso de las tretas preparadas por el inspector.

En realidad su espera no fue larga, aunque a él se le antojó lo contrario. El propio inspector apareció en la puerta de su despacho, sonriendo ampliamente.

—Me alegro de verle, Fullmer. Haga el favor de pasar.

El muchacho miró con manifiesta desconfianza el semblante rudo y casi agresivo de Maloney, aunque en aquel momento tenía una afable expresión. Hubiese preferido verle ceñudo y amenazador. Esto le produjo una penosa impresión, pues aquel hombre estaba convencido de tener en su poder a George.

No podía sacar otra consecuencia de su aspecto, invadiéndole la angustia. No obstante, con un esfuerzo logró ocultar su estado de ánimo.

—Ayer me dijo que deseaba hablar conmigo, por eso he venido.

—Me alegra su decisión. Siempre es conveniente prestar ayuda a la justicia. Haga el favor de sentarse.

Bob obedeció. Maloney se dispuso a llenar su pipa de tabaco.

—No puedo invitarle, Fullmer. Estoy acostumbrado a fumar en esta condenada pipa.

El muchacho asintió con un movimiento de cabeza, mientras se colocaba un cigarrillo en los labios y lo encendía. Maloney le miraba con fijeza.

—¿Desde cuándo no ha visto a George Moyer? —preguntó de improviso.

—Hace dos días, después de su regreso de Arizona.

—Sí, eso ya me lo dijo —asintió Maloney con gravedad—. Confío en que no me engañe.

—¿Qué interés puedo tener en ello?

—Proteger a su jefe. Se halla envuelto en una desagradable situación. ¿Lo ignora usted?

—Sí.

Maloney ni siquiera parpadeó al escuchar la respuesta del muchacho, probablemente la esperaba.

—Pues George Moyer está acusado de asesinato.

—Eso no es posible, inspector Maloney. Usted conoce sobradamente a George, que es incapaz de cometer una acción semejante.

—Cada persona es un mundo privado, capaz de las reacciones más insospechadas. Nunca se puede juzgar a nadie por las apariencias. La

conducta de su jefe aún hace caer más sobre él los indicios de culpabilidad. ¿Dónde estuvo durante dos meses?

—En Arizona.

—¿Por qué en Arizona? ¿Por qué se marchó a un lugar tan lejano?

—De vacaciones. Estuvo en un pequeño rancho, propiedad de Peter Strond, muy amigo suyo.

—Sí, al parecer eso es correcto.

—Por completo, inspector Maloney. ¿A quién han asesinado? ¿Por qué se acusa a George?

—A Carolina Havillard, muy conocida de usted, ¿verdad?

—¡A Carolina Havillard! No es posible, los periódicos no han publicado la información.

—Me he cuidado de mantenerlo secreto. He conseguido evitar que los periodistas se enterasen. Carolina Havillard fue la prometida de George Moyer, ¿no es cierto?

El muchacho asintió silenciosamente, fingiendo estar conmovido por la noticia. Maloney le observaba con atención, atento a sus reacciones.

—Tiene motivo para haber matado a la señorita Havillard. El despecho al ver rechazada su oferta de reanudar las relaciones. Un crimen pasional.

—George no es capaz de cometer una acción semejante.

—En cierta ocasión detuve a un conocido profesor de ciencias naturales. Hasta entonces su existencia había sido ejemplar, estando casado y con hijos ya mayores. Pues bien, se vio envuelto en las redes de una mujer de escasa condición moral. Tras un año de ilícitas relaciones, su amante trató de abandonarle. No lo consiguió, el honorable profesor, desesperado, la mató. George Moyer es joven y vehemente, una reacción semejante no puede ser sorprendente.

—George ya no estaba enamorado de Carolina.

—Eso lo ha dicho él, quizá ya tuviese preparado su plan.

Bob se puso en pie violentamente, sin poderse contener.

—No le permito esas palabras, inspector.

Maloney sonrió e hizo un gesto.

—Siéntese, Fullmer. Continuaremos hablando.

Cuando Bob Fullmer abandonó la comisaría, su aspecto era de estar preocupado. Al regresar a la oficina, sus movimientos eran lentos y pesados.

CAPÍTULO IX

George ya se había levantado y aseado, habiendo comido. Peter se encargó de que no le faltase nada. Pero se encontraba desalentado, no creyendo posible demostrar su inocencia.

Tras su fracaso de intentar hacer declarar la verdad a Larry Thacker, ya no creía posible salir airoso de aquella situación. Ahora Thacker se encontraría a la expectativa, evitando ser sorprendido de nuevo por él.

No tenía la seguridad de que fuese el asesino de Carolina y Nicholson, ni tan siquiera cómplice, aunque tenía la creencia de que era así. Sentíase desanimado, encontrándose en aquel apartamento oprimido, como si fuese una prisión.

Ignoraba cuanto ocurría en el exterior. Ni tan siquiera el consuelo de leer la Prensa. Tenía novelas, pudiendo distraerse con su lectura, pero su estado de ánimo se lo impedía.

Deseaba volver a hablar con sus amigos, pues de esta forma quizá consiguiese animarse. Debería confiar en Bob, el muchacho era hábil, pudiendo encontrar una pista decisiva. Tendría mayores posibilidades que él de conseguirlo.

En Peter no confiaba. Su amigo carecía de iniciativa, sirviéndole tan solo para ayudarle a ocultarse y facilitarle cuanto le hiciese falta.

Oyó pasos en el rellano. Se acercó a la puerta, teniendo la seguridad de que era Peter. No se equivocó, una llave se introdujo en la cerradura y la puerta se abrió.

—¿Cómo estás, George?

—Bien, Peter. ¿Alguna novedad?

—Ninguna. Todo sigue igual.

Iban a entrar en el interior, cuando oyeron pasos. Peter palideció, dio media vuelta y abrió de nuevo la puerta, asomándose al rellano.

Su rostro estaba demudado cuando se volvió.

—Es la policía, George. Debes huir, me he portado como un estúpido, han debido seguirme.

—No te preocupes, chico. No me atraparán.

Cogió la chaqueta apresuradamente y subió los peldaños de dos en dos. Peter, advirtió:

—Ten cuidado. ¿Cuándo nos veremos?

—A las ocho en la plaza. Hasta luego.

Cuando se encontraba abriendo la puerta del tejado, sonó la voz imperiosa del inspector Maloney:

—Érguese, Moyer. Si no lo hace, desapareceremos.

Pero el joven ya estaba saltando la pared que conducía al tejado inmediato. Estaba preparado para una situación como aquella, no queriendo dejar nada al azar. Estaba convencido de burlar a sus perseguidores.

Así fue, en efecto. Cuando el inspector Maloney y sus agentes llegaron al tejado, no encontraron el menor rastro del fugitivo. Hizo un gesto de contrariedad.

—Ha vuelto a escaparse. Es muy hábil George Moyer.

Sus agentes dieron una batida, pero debieron desistir. Eran varios los tejados parecidos, pudiéndose saltar de uno a otro con facilidad. No podrían hallarle, pues tendría, probablemente, sus medidas tomadas previendo el encontrarse en un caso parecido.

Peter Strond se hubiera marchado de buen grado, pero la presencia de un agente le impedía hacerlo. El policía no le dirigió una sola palabra, pero no le perdía de vista, atento a sus movimientos. El joven se dispuso a hacer frente a la ingrata situación.

En efecto, tan pronto descendió el inspector Maloney, se detuvo frente a él, con el ceño fruncido.

—¿Es usted Peter Strond?

—Ese es mi nombre, señor.

—Deberá hallarse satisfecho de su actuación.

—No le comprendo.

—¿De veras? Ese hombre que ha huido se llama George Moyer, está acusado de asesino. ¿No lo sabía?

—No. Es mi amigo y le ayudaba, eso es todo.

—¿Ayudarle a qué?

—No lo sé con certeza. Se encuentra en una apurada situación y mi deber es hacer cuanto esté a mi alcance para ayudarle.

—Pero si se trata de un fugitivo de la justicia, ya no es su deber. Por ese hecho puedo detenerle y encerrarle en un calabozo. ¿Se ha enterado?

—George no puede estar acusado de asesino.

—Lo está, se lo aseguro. Voy a darle un consejo, no quiero verle en una situación parecida a esta. Entonces le detendré y cumpliré mi palabra. Va a salir usted muy mal librado.

—¿No me detiene?

—No, no, puede marcharse.

Peter no respondió, limitándose a saludar con un movimiento de cabeza y descendiendo, erguido, la escalera. Se hallaba contento, pues no creyó salir tan bien librado de aquella encerrona preparada por el inspector Maloney.

Y estaba contento por haberse escapado George. Cuando vio aparecer al inspector, no lo creyó posible. La aventura podía darse por terminada, si

era encerrado su amigo.

El inspector Maloney golpeó con suavidad la barandilla:

—Solucionaré este caso.

* * *

George no llegó a salir a la calle, permaneciendo entre dos pisos. Su mirada estaba fija abajo, pues por el tejado no podría ser sorprendido, ya que cuidó de cerrar cuidadosamente la puerta, una vez la hubo franqueado.

Ahora su situación había empeorado; esto le hubiese parecido imposible poco antes, pero la realidad era esta. Ya no tenía un refugio seguro, al amparo de las investigaciones del inspector Maloney y los manejos del asesino.

Otra vez se vería obligado a buscar ayuda en casa de Joe Landi. Le dolía hacerlo, pues en el caso de ser descubierto, la situación del animoso Joe y su hija sería comprometida. Les sería difícil explicar su comportamiento, pues ni siquiera tendrían la disculpa de ser amigos de él, como en el caso de Peter o Bob.

Peter. No pudo menos de sonreír al recordar la expresión de alarma aparecida en su rostro al descubrir a los agentes subiendo la escalera. Nunca debió confiar en él pues carecía por completo de experiencia en aquellos menesteres, siendo muy fácil para Maloney seguirle, sin despertar sus sospechas.

Era un iluso, una nulidad. Tan solo poseía una gran voluntad en ayudarle, pero nada más. Ya no volvería a preocuparse de él, si le salía al encuentro, acompañando a Bob, procurando no molestar su sensibilidad, le haría comprender la conveniencia de mantenerse al margen.

Entonces recordó haberle citado a las ocho en la plazoleta. Se encogió de hombros, no le trataría con tanta dureza, se limitaría a hablarle con franqueza, encargándole hechos insignificantes. De esta forma Peter seguiría contento y no se ofendería. Sí, se mostraba dolorido por la torpeza cometida, sonreiría quitándole importancia. Se trataba simplemente de un incidente, muy propio de aquellas circunstancias.

El tiempo se le hizo larguísimo, hasta ver aparecer la esbelta figura de Clara. Su corazón latió precipitadamente, conteniendo el impulso de salirle al encuentro. La sobresaltaría, haciéndole creer que se encontraba en una situación desesperada. La realidad era esta, pero no deseaba asustarla.

Descendió con sigilo, procurando no ser descubierto por la muchacha. Cuando se halló cerca, murmuró:

—Clara, no te asustes, soy yo.

Ella volvió la cabeza. Había palidecido, pero en sus negras pupilas brillaba la alegría.

—George.

—Soy yo —repitió el joven—. Abre la puerta.

Clara obedeció. Tan pronto lo hubo hecho, George se deslizó en el recibidor. La muchacha cerró la puerta y se arrojó en sus brazos. Sus labios se unieron en un beso apasionado. Durante varios segundos los dos jóvenes se olvidaron de cuanto les rodeaba.

Él la separó con suavidad, mirándola embelesado.

—Eres muy linda, chiquilla.

—No te burles de mí, George.

—¿Burlarme de ti? Antes me arrancaría la lengua, ¿cómo se te puede ocurrir esa idea?

—Carolina Havillard era muy bella, yo no puedo compararme a ella.

—Vamos, no seas tonta. Cierto, Carolina era muy bella, pero distinta. Tú sales ganando con la comparación.

—Son palabras, George.

La sujetó con fuerza entre sus brazos y la besó con ardor, cuando la soltó, inquirió:

—Esto no han sido palabras.

—¡Oh, George!

Le acarició la mejilla con suavidad, mientras la muchacha apoyaba la cabeza en su hombro. No se pudo contener y le cubrió de besos todo el rostro, los ojos y se detuvo en la nariz.

—Te quiero, Clara.

Entonces la muchacha reaccionó, mirándole fijamente. Había vuelto a la realidad.

—¿Qué te ha ocurrido, George?

—La policía ha descubierto mi refugio, viéndome precisado a huir. De nuevo debo esconderme en tu casa.

—Me alegro, en ningún lugar estarás tan seguro. Y te tendré a mi lado.

—Eres una egoísta, chiquilla —la amonestó sonriendo.

—Sí, lo soy. George. No quisiera separarme de ti.

—Cuando todo esto haya terminado, ocurrirá. Serás mi mujercita, te habrás convertido en la señora Moyer.

Ella apoyó las manos en sus hombros, empujándole con suavidad hacia atrás.

—Debes sentarte y descansar. Te prepararé un poco de café y *whisky*. Debes recobrar las fuerzas.

George apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca y cerró los ojos. En realidad no se encontraba cansado, tan solo la tensión nerviosa sufrida. Ahora se encontraba invadido por una intensa paz, como si un ángel velase por su seguridad. Y así era, Clara se encontraba muy cerca.

La oyó llegar a su lado, no abrió los ojos, permaneciendo en la misma posición y notó cómo una mano diminuta acariciaba sus cabellos.

—¿Te has dormido, George?

—No, te he oído llegar —con un veloz movimiento la enlazó por el talle—. Y tampoco estoy cansado.

—Debes tener formalidad, papá no tardará en llegar. No me gustaría que nos sorprendiera besándonos.

—Le oiremos llegar.

—Yo, no. Cuando me besas me olvido de cuanto nos rodea.

—Bueno, le explicaremos la verdad. No trataré de oponerse a nuestra boda.

—Bebe el café, te sentará bien —se desasíó de su abrazo, y vertió *whisky* en un vaso.

En aquel instante oyeron abrirse la puerta.

—Papá ha llegado —musitó Clara.

Joe Landi apareció y parpadeó sorprendido al ver a George.

—¡George! Estás aquí, ¿cómo ha sido eso?

—Han ocurrido varias cosas, ninguna de ellas favorables para mí.

Se apresuró a sentarse junto al joven, apretándole el brazo con afecto. En su tono se reflejaba la ansiedad:

—Cuéntamelo, quizá pueda ayudarte.

—Usted ha leído muchas novelas policíacas, pero esto es realidad. Fui en busca de Bernard Nicholson, lo encontré muerto.

—¿Asesinado?

—En su espalda tenía clavado, hasta el pomo, un cuchillo.

—El asesino va eliminando a los testigos. Es muy hábil.

—Lo es. Probablemente permaneció al acecho hasta verme entrar en la casa, avisando a la policía de mi presencia.

—¡Endemoniadamente astuto! —exclamó Joe con incontenible admiración—. Mataba a dos pájaros de un tiro, eliminaba a un cómplice molesto y conseguía tu detención. Ya no te sería posible escapar y demostrar tu inocencia. Tu presencia ante dos cadáveres es muy significativa e imposible de explicar.

—Esa es la realidad. Me llevé la cartera de Nicholson... —se interrumpió, dándose una palmada en la frente—. ¡Dios mío, la cartera se encuentra en mi último alojamiento! El inspector Maloney la encontrará, será una nueva prueba de mi culpabilidad. Ya nada podrá evitar mi condena, cuando sea detenido.

—No debes desmoralizarte, muchacho —animó Joe sonriendo forzosamente—. Es preciso continuar luchando.

—Eso, desde luego, pero da la impresión de estar todo confabulado contra mí.

—Y esa es la realidad. El asesino necesita una víctima, permaneciendo él en la más completa impunidad. Tú eres el más indicado para aparecer como el criminal. Tienes excelentes motivos para haber matado a Carolina Havillard.

—¿Por qué no huyes? —musitó Clara temblorosa.

Y olvidándose de la presencia de su padre le abrazó. George le acarició con ternura la mejilla, mientras movía la cabeza con firmeza:

—Eso no lo haré nunca, Clara. Mi deber es continuar la lucha, pese al riesgo de perder.

—Bien dicho, George —asintió Joe con vehemencia.

—Papá, es una locura. La policía conseguirá detenerle.

—Eso ya lo veremos. Clara, estás abrazando a un desconocido —amonestó, como si entonces se diese cuenta de la actitud de su hija.

—George no es un desconocido, le quiero.

—¿Qué significa esto, muchacho? Has abusado de mi confianza, se trata de mi hija.

—Joe, amo a Clara. Si consigo demostrar mi inocencia y usted da su consentimiento, me casaré con ella.

—¡Y si no lo doy, también! ¿Acaso crees que no conozco a los enamorados?

El joven le estrechó la mano emocionado.

—Haré cuanto pueda para que no se arrepienta de haber depositado su confianza en mí.

—Lo conseguirás, George. Estoy convencido de ello.

Clara se apartó de su amado y preparó una ligera cena para este.

George trató de oponerse:

—Debes estar fuerte.

—Tienes razón, Clara.

—Ella siempre la tiene —afirmó Joe, riendo.

CAPÍTULO X

George se sentó en el banco. A pesar de sus esfuerzos sentíase desanimado. Empezaba a tener la certeza de que iba a serle imposible conseguir su rehabilitación, no pudiendo escapar de la fatídica acusación.

Su más firme esperanza quedó destruida con la muerte de Nicholson. Le quedaba Larry Thacker, pero respecto a este tenía la duda de que se encontrara mezclado en, aquel tenebroso caso, pues no hizo la menor confesión mientras le estuvo amenazando y golpeando. Aunque también era cierto que no le tuvo a su merced, pudiendo emplear una acción más contundente.

Ahora el rufián se encontraría prevenido, tomando precauciones para no volver a verse frente a él. Le tenía miedo, advirtiéndolo en su forma de luchar admitiendo su inferioridad. Sus reacciones solo tuvieron una finalidad, poder escaparse. Y lo consiguió.

Una sombra apareció ante él. La reconoció inmediatamente, exclamando con alborozo:

—¡Hola, Bob!

—¿Cómo te encuentras, George?

—Bastante bien, aunque la suerte no se me ha mostrado muy propicia. Encontré muerto a Nicholson.

—Lo sé, me lo ha contado Peter. Así como que el inspector Maloney descubrió tu escondite. Se lamenta continuamente por su torpeza, se cree culpable.

—Está haciendo cuanto le es posible, no le podemos hacer ningún reproche.

—No se lo hago. Ha sido lamentable la muerte de Bernard Nicholson, él nos hubiera llevado al descubrimiento de la verdad.

—En eso confiaba. He tenido mala suerte de no llegar a tiempo. Solo nos queda Larry Thacker.

—¿Sospechas de Thacker?

—Casi tengo la seguridad de que es el asesino o su cómplice. Tenía un gran interés por Carolina. Ahora será muy difícil cogerle desprevenido, pues se encuentra sobre aviso. Anoche le propiné una regular paliza.

—Voy a ir tras él, George —decidió el muchacho.

—Ten cuidado, se trata de un sujeto peligroso.

—También lo soy yo. No me espero a hablar con Peter, es preciso no perder tiempo. Llamaré con frecuencia a casa, tú has lo mismo, y de esta forma estaremos en comunicación.

—De acuerdo.

Y vio cómo Bob se alejaba. Aquel muchacho no vacilaba en arriesgar su vida con tal de ayudarle. Estaba poseído de un entusiasmo sin límites. Le envidiaba, a él ya le faltaba la confianza en sí mismo.

Los minutos transcurrieron con lentitud. Ya pasaban diez minutos de las ocho. Peter se retrasaba, cosa muy extraña. Su amigo siempre fue puntual, a pesar de sus defectos, y más en un caso como aquel.

¿Le habría detenido el inspector Maloney? Podía ser posible, bajo la acusación de encubridor de un fugitivo de la justicia. Pero Bob le acababa de decir que había hablado con él, estando enterado de la tentativa del inspector para detenerle.

Pasaron cinco minutos más. George se intranquilizaba. Quizá el retraso de su amigo obedecía al deseo de evitar ser seguido, haciendo lo máximo posible para despistar a los agentes colocados tras sus huellas.

Respiró tranquilo al ver aparecer la alta y delgada figura de Peter. Llegaba presuroso, deteniéndose jadeante frente a él.

—¿Cómo te encuentras, George?

—Bien, ¿y tú?

—Terriblemente avergonzado por la torpeza cometida. Por mi culpa ahora podrías estar detenido.

—Olvídate de eso. Estás poco ducho en estos menesteres y tienes disculpas. ¿Intentó detenerte el inspector Maloney?

—No, me dejó escapar casi inmediatamente. Se limitó a explicarme tu situación, siendo muy peligroso tratar de ayudarte.

—Ahora ya lo sabes con certeza, Peter —sonrió George.

—Estoy más decidido que nunca a ayudarte. Nos jugamos mucho.

—Sí, quizá mi vida —asintió el joven con sombría entonación, levantó la cabeza y sonrió—. Saldremos bien de esta, ya lo verás.

—He procurado reparar la torpeza cometida —dijo Peter excitándose—. Antes de venir a verte tuve una idea, dirigiéndome al viejo palacio de Carolina... la ventana de su habitación aparecía iluminada.

George parpadeó sorprendido.

—¿Qué has dicho?

—La verdad. Me quedé atónito, pese a sospechar algo parecido.

—¿Entraste en el palacio?

—No me atreví a hacerlo —una sonrisa de disculpa apareció en el rostro de Peter—. No soy tan valiente, chico. Aunque comprobé que la verja estaba abierta.

—Todo esto es muy extraño.

—Tengo una idea, George. Quizá el asesino busque algo oculto en esa habitación y no lo encuentra.

—Es posible. ¿Qué puede ser?

—Lo ignoro. He estado meditando sobre ello y no he encontrado una

respuesta satisfactoria. Quizá crea que Carolina tuviese en ella joyas ocultas.

—Es probable, se trata de una conjetura lógica. El móvil del asesinato de Carolina ha debido ser el robo.

—¿Qué hacemos?

—Ir enseguida al viejo palacio. Trataremos de sorprender a esos criminales.

—Esa era mi idea, George.

—Estamos de acuerdo. Aunque sería conveniente te quedases fuera del palacio, pues lamentaría te ocurriese algo irreparable.

—Nada de eso, iré contigo —afirmó Peter con decisión.

El joven le miró con fijeza, después asintió:

—Bien, iremos juntos.

George se acomodó al lado de su amigo y una vez hubo cerrado la portezuela, Peter arrancó, dirigiéndose hacia la parte alta de la ciudad.

No tardaron en distinguir la imponente mole de la mansión de los Havillard. La noche era clara, pudiendo ver con nitidez cuanto les rodeaba. Peter se detuvo en el lugar indicado por su acompañante.

—No tienes arma alguna, ¿verdad?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. ¿Cómo lucharemos, si nos vemos obligados a ello?

—Con los puños. No nos queda otra solución.

—No te defraudaré. Sé pelear.

George no pudo menos de esbozar una sonrisa burlona. Se imaginaba a Peter luchando, no creyéndole muy eficaz. Pese a todo, siempre le sería de ayuda.

Descendieron del coche. En silencio avanzaron hacia el lugar donde se divisaba la ventana de Carolina. Permanecieron inmóviles, estaba iluminada.

Por un momento George temió ver a Carolina tras los cristales, ataviada con el escotado vestido blanco. Movi6 la cabeza con energía, esto ya no podría ser posible, pues la desventurada y bella joven fue vilmente asesinada.

—Todavía están —musitó Peter excitado—. No se han marchado.

—Trataremos de sorprenderlos. Procura no hacer ruido cuando entremos en el palacio.

Ya no volvieron a hablar, dirigiéndose con firmeza hacia la verja. George la empujó con suavidad, cediendo a la presión de su mano. Peter se hallaba en lo cierto, no encontraron dificultades para entrar en la mansión. Intentarían sorprender a los malhechores. Se trataba de una excelente oportunidad y deberían aprovecharla.

Cruzaron el jardín, hasta detenerse junto a la puerta principal. George realizó la prueba con éxito. La puerta se abrió sin producir ruido alguno.

El amplio vestíbulo apareció ante ellos, pudiendo distinguir confusamente los objetos y al fondo la amplia escalinata. Se miraron y George musitó:

—Sígueme, y procura no hacer ruido.

—Así lo haré.

No tardaron en subir los amplios peldaños. George no vaciló y se internó por el pasillo. Peter le seguía. Se detuvo ante la puerta de la habitación de Carolina, por cuya parte inferior se distinguía la luz. El asesino debería hallarse en el interior.

George, con decisión, hizo girar el pomo y abrió la puerta.

Larry Thacker se volvió hacia él.

Quedó sorprendido al no ver ninguna expresión de alarma en el rostro del rufián.

—Otra vez volvemos a encontrarnos, Thacker. Ahora no podrá negar su participación en el asesinato de Carolina Havillard.

—No, no lo niego.

Esta cínica contestación le enfureció, avanzando hacia Thacker en actitud amenazadora.

—Le voy a destrozar.

—¡Quieto, Moyer! —ordenó Thacker, imperturbable—. Ha caído en la trampa preparada, y ya no nos causará nuevas molestias.

—Ten cuidado, Peter. Al parecer...

Se detuvo bruscamente. Su mirada estaba fija en Peter, que le amenazaba con una pistola.

—¡Tú, Peter! —exclamó estupefacto.

—Sí, George. Yo maté a Carolina. ¿Sorprendido?

—Sí, nunca lo hubiese creído en ti. ¿Por qué lo hiciste?

—Toda su fortuna pasará a mi poder.

—Pero si tú tienes mucho dinero.

—Tenía, George. Ahora ya no, apenas me quedan unos miles de dólares. Necesito dinero, mucho dinero. Siempre me ha gustado vivir bien.

—Y tratas de achacarme el crimen a mí. ¿Por qué?

—Siempre te he aborrecido. Siempre te has mostrado superior a mí. Hasta con Carolina, conseguiste su amor.

—Pero nuestro noviazgo quedó roto...

—¡Ella continuaba amándote! —respondió Peter con ferocidad.

Una extraña mueca contraía sus correctas facciones, sus ojos brillaban con furia homicida. George se estremeció, de un momento a otro dispararía contra él y debería procurar evítalo.

—No entiendo cómo te apoderarás de su fortuna. Es un disparate.

—Nada de eso. Carolina era mi esposa desde hacía tres semanas, nos casamos en secreto. Dos cosas me impulsaron a hacerlo: su belleza y su fortuna. No hubiera ocurrido nada de no haber comprobado que seguía

enamorada de ti.

—El inspector Maloney descubrirá la verdad.

Peter soltó una carcajada.

—El inspector Maloney encontrará al asesino... ya muerto. Cuando descubra tu cadáver, dará al olvido este asunto. Como yo ignoro la muerte de mi esposa, creyéndola lejos de Nueva Orleans, no sospechará la verdad. Me creará víctima inocente de tus manejos.

—Eres muy listo, Peter. Endiabladamente listo, pero no conseguirás triunfar. La divina Providencia acostumbra castigar a los criminales.

—No me vengas con esas tonterías, George. Todo lo tengo bien planeado. Con ayuda de Thacker logré sugestionarte para hacerte venir hasta aquí. La primera noche no pude matar a Carolina, pues el vigilante pasó inoportunamente por la verja. Pero a la noche siguiente volviste y ya nada amenazaba el éxito de mi plan. Has sido un estúpido.

—Sí, ahora comprendo muchas cosas. Mataste a Nicholson para quitar a un testigo enojoso, avisando a la policía. También condujiste al inspector Maloney hasta mi último alojamiento.

—Exacto. Debo reconocer que me has dado mucho trabajo, eres difícil de atrapar. Ahora estás perdido. Vuélvete de espaldas.

George no estaba dispuesto a obedecer. De hacerlo, sería su perdición. En aquel momento se oyó una voz amenazadora:

—¡Tire esa pistola, Strond!

Una maldición brotó de los labios de Peter. El inspector Maloney y Bob se encontraban en la puerta. Rápido disparó contra George, llevado de un inmenso odio. Pero el joven se arrojó al suelo con vertiginosa celeridad. Propinó un golpe en una pierna de Peter, haciéndole tambalear. Se irguió y con un seco golpe en el antebrazo le obligó a soltar el arma.

Thacker reaccionó y le golpeó en la nuca, impidiéndole sujetar a Peter. George se revolvió y propinó un terrible derechazo. Thacker, alcanzado en la mandíbula, cayó de bruces.

Todo esto sucedió con tal velocidad, que el inspector Maloney no pudo intervenir. Tan solo hubiese podido hacerlo disparando, pero esto solo estaba reservado para un momento desesperado.

Al verse libre de George, Peter corrió hacia la ventana y la abrió, pasando con habilidad sobre el alféizar. Su rostro estaba contraído por una mueca demoníaca.

Se deslizó por la pared, aprovechando todos los salientes. George se asomó, gritando:

—Regresa, Peter. Vas a matarte.

—Lograré escapar.

Y soltó una carcajada, prosiguiendo su peligroso avance. Ya se encontraba a unos metros de distancia, disponiéndose a iniciar el descenso. El inspector Maloney le encañonó.

—Regrese o disparo.

—No lo hará, inspector. Quiere cogerme vivo y no lo conseguirá.

En aquel momento su pie derecho resbaló en el saliente elegido, y sus dedos trataron de aferrarse, desesperadamente, a la piedra. No le fue posible sostener el peso de su cuerpo y cayó pesadamente al vacío, mientras un alarido de terror brotaba de su garganta.

El inspector Maloney, George y Bob presenciaron aterrorizados la brutal caída, oyendo el golpe siniestro al chocar el cuerpo en la tierra.

—Se ha hecho justicia —musitó el inspector.

—Pobre Peter, su desmedida ambición le ha perdido.

—No te apiades de él, George —respondió Bob emocionado—. Era un malvado.

* * *

Al día siguiente, George y Bob se encontraban en el despacho del inspector Maloney. Larry Thacker se hallaba detenido, convicto y confeso.

—De no haber sido por usted y Bob, Peter me habría matado.

—Enseguida tuve la seguridad de su inocencia, George —dijo el inspector, sonriendo—. Su forma de reaccionar, cuando recobró el conocimiento, lo indicaba con elocuencia. Sospeché de Nicholson, y por este motivo facilité su huida. También hice todo lo posible por no volverle a detener. Tenía la seguridad de que me podría conducir hasta el verdadero asesino.

—Se ha portado con mucha habilidad, Maloney —afirmó el joven con admiración.

—Pero he encontrado en ustedes excelentes colaboradores. Sin su decisión y admirable iniciativa, no habría logrado descubrir a Peter Strond. Bob me ha secundado a la perfección, tiene un gran ayudante en él.

—Solo su discípulo, inspector —protestó modestamente el muchacho.

—Todo ha quedado aclarado. Strond esperaba el veredicto de culpabilidad de George, o su muerte, para presentarse como esposo de Carolina Havillard, pasando a su poder la cuantiosa fortuna de esta. Su plan estaba diabólicamente trazado y probablemente nadie habría sospechado nada.

—He pasado unos días terribles. Me sería preciso un nuevo descanso, mis nervios deben reponerse.

—¡No, George! —exclamó el muchacho, acongojado—. Hay muchos asuntos pendientes y te querrás casar enseguida.

—Resolveremos esos casos. Pero debo casarme, se lo he prometido a Clara.

—No trato de oponerme, pero ningún cliente debe quejarse de George Moyer. Nuestro prestigio debe continuar en alto.

—Y continuará.

Bob sonrió aliviado.

—Con eso ya tengo bastante.

—Pueden marcharse —dijo Maloney sonriendo—. Ya les avisaré cuando necesite alguna declaración.

—De acuerdo. Y no se le olvide, usted y su esposa están invitados a mi boda. No admito disculpas.

—Ni lo intentaré. Clara se ha portado muy bien, es merecedora de un gran homenaje.

Y acompaño a los dos jóvenes hasta la puerta de su despacho.

En la calle les esperaba Joe Landi y su hija. La muchacha besó a Bob en la mejilla, haciéndole enrojecer.

—Bob, ¿qué confianzas son esas con mi futura esposa?

—Yo no... he hecho nada —balbució el muchacho, desconcertado.

—No hagas caso. Tu jefe es un cascarrabias, te has hecho merecedor de mi agradecimiento. Llegaste a tiempo de salvar a George.

—El inspector Maloney fue quien tuvo una actuación más decisiva. Él sospechó de Peter casi desde el primer momento.

—También le he besado —afirmó Clara.

—¡Basta, Clara! De ahora en adelante solo me besarás a mí —dijo George con gran energía; su mirada se cruzó con la de Joe—. Bueno, te daré permiso para besar a tu padre de vez en cuando.

Y la abrazó con fuerza contra su pecho. Joe Landi cogió el brazo de Bob.

—Mira, muchacho. Yo creí...

Y continuó charlando animadamente. Ambos fingían no ver cómo los dos jóvenes se besaban en plena calle, olvidándose de cuanto les rodeaba.

FIN



ASALTO A LAS NUBES

—El puente ha sido destruido intencionadamente.
La muchacha abrió la boca.

—¡Robert! —exclamó.

—No cabe la menor duda. He perforado demasiados pozos petrolíferos y usado demasiada dinamita como para no reconocer a primera vista los resultados de una explosión. Esos maderos —señaló al puente—, estaban indudablemente viejos, pero no lo bastante para hundirse por sí solos, a menos que hubiesen debido soportar un peso excesivo. Y en tal caso, el supuesto peso, un camión muy cargado por ejemplo, estaría en el fondo del barranco.

—Hay un árbol abajo —apuntó la joven.

—Pero las huellas de dinamita siguen subsistiendo. Querida —dijo él—, esto no me gusta. ¿Por qué han interrumpido el camino?

En aquel momento, el viento trajo hasta los tímpanos de los recién casados el eco de un singular sonido. El joven enderezó el cuerpo.

—¡Un tiro! —exclamó.

—Robert —murmuró ella, apretujándose, temerosa, contra su marido.

La fascinante emoción de esta novela le impedirá dejarla hasta la última página.

ASALTO A LAS NUBES

¡Lo mejor de CLARK CARRADOS!

LOS GANGSTERS



ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador, cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS

veterano tiene eso un veterano sabor



VETERANO
ES DE
OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain